

Visita  
al territorio de

# Abdulrazak Gurnah



# Reliquias

## 1

Rachel dijo que vendría más tarde, y a veces, cuando lo dice, lo hace. Me mandó una tarjeta —no tengo teléfono en el piso, me niego a tenerlo— en la que me pedía que la llamara si me venía mal la visita, pero no la he llamado; no veo necesidad de hacerlo. Ya es tarde, así que no creo que venga, al menos hoy.

Pero es verdad que en la tarjeta ponía «después de las seis». A lo mejor no era más que un gesto amable, una manera de hacerme saber que ha pensado en mí con el convencimiento de que me serviría de consuelo, y así es. No importa, a estas alturas me basta con que no aparezca a altas horas de la noche, rompiendo el elocuente silencio nocturno con una batería de explicaciones y disculpas, desgranando un plan tras otro hasta consumir el tiempo de oscuridad restante.

Me maravilla lo valiosas que han llegado a ser para mí esas horas de oscuridad, cómo los silencios de la noche se han ido colmando de murmullos y bisbiseos cuando antes eran tan espantosamente inertes, tan agarrotados por el extraño sigilo que planeaba sobre las palabras. Es como si, al venir a vivir aquí, hubiera cerrado una puerta estrecha y abierto otra que da a una amplia explanada. En la oscuridad pierdo la noción del espacio, y en esa nada adquiero una mayor conciencia de mí mismo y distingo las voces con más claridad, como si las oyera por primera vez. A veces me llega, como un susurro acallado, una música que suena en la distancia, al aire libre. Anhele la noche que pone fin a cada árido día, aunque me atemoricen la oscuridad, sus infinitos recovecos y sus sombras cambiantes. A veces pienso que mi destino es vivir entre los escombros y el caos de casas ruinosas.

No es fácil determinar con precisión cómo he llegado a este punto, afirmar con cierta seguridad que aquello dio lugar a esto y luego a lo otro... de modo que aquí estamos. Los recuerdos se me escurren entre los dedos, e incluso mientras los evoco para mis adentros me llegan ecos de algo que estoy reprimiendo, algo que he olvidado recordar, lo que complica el relato, mal que me pese. No obstante, puedo contar algunas cosas y siento el impulso de hacerlo, de dar cuenta de los dramas menores que he presenciado y de los que he formado parte, aunque los finales y los principios se hayan difuminado. No creo que sea un impulso noble; quiero decir que no conozco una gran verdad que me muera por divulgar, ni he vivido una experiencia ejemplar capaz de arrojar luz sobre nuestras circunstancias y el tiempo que nos ha tocado vivir. Aunque he vivido lo mío. Aquí todo es tan distinto que me parece como si una existencia hubiese llegado a su fin y estuviese empezando otra, por lo que quizá debería decir que he vivido otra vida en otro lugar, pero ha quedado atrás. Sin embargo, sé que esa existencia anterior bulle, palpita y goza de buena salud en mi

pasado y en mi futuro. No tengo sino tiempo en las manos y estoy en manos del tiempo, conque más me vale rendir cuentas. Al fin y al cabo, todos tenemos que hacerlo tarde o temprano.

Vivo en una pequeña ciudad a orillas del mar, como he hecho siempre, aunque la mayor parte de mi vida haya transcurrido muy lejos de aquí, junto a un gran océano de cálidas aguas esmeralda. Ahora llevo la semivida de un forastero, atisbando interiores a través de la pantalla del televisor e imaginando las infinitas cuitas que afligen a quienes veo durante mis caminatas. No tengo la menor idea de qué les inquieta, pese a que los observo con atención y me fijo en todo lo que puedo, pero me temo que reconozco poco de lo que veo. No es que sean misteriosos, sino que su extrañeza me desarma. Apenas entiendo el esfuerzo que parece acompañar sus acciones más cotidianas. Parecen agotados y distraídos, se frotan los ojos como si les escocieran mientras se enfrentan a calamidades incomprensibles para mí. A lo mejor exagero o simplemente no puedo evitar recrearme en aquello que nos distingue, en subrayar los contrastes; puede que simplemente resistan el embate del viento frío que sopla desde el tenebroso océano aunque yo me emperre en encontrarle sentido a lo que veo, pero a estas alturas de la vida es difícil aprender a no ver, aprender a callar el significado de lo que creo ver. Me fascinan sus rostros. Se burlan de mí, o al menos eso creo.

Las calles me ponen tenso y nervioso, y a veces ni siquiera estando encerrado en mi piso soy capaz de dormir o de sentarme cómodamente a descansar por culpa de los crujidos y murmullos que agitan la parte baja del aire. La parte superior siempre está agitada porque es allí donde habitan Dios y sus ángeles, que acostumbran a debatir sobre las altas esferas políticas, además de purgar traiciones y revueltas. No les gustan los oyentes fortuitos, ni los que andan buscando información para otros o para sí mismos; bastante tienen ya con decidir el destino del universo. Por precaución, de tanto en tanto los ángeles desatan un chaparrón corrosivo para disuadir a los curiosos con la amenaza de infligirles lesiones deformantes. La parte central del aire es la zona de contención donde los funcionarios, los ifrits que hacen antesala, los locuaces yins y las ondulantes serpientes se retuercen, agitan y enfurecen mientras aguardan los consejos de sus superiores: «¡Eh, eh!, ¿has oído eso? ¿Qué habrá querido decir?» En el turbio aire inferior se encuentran los oportunistas sin mala fe y las almas cándidas que se creen cualquier cosa y se prestan a todo, los ingenuos y apocados que, como son legión, abarrotan y contaminan los estrechos espacios donde se hacinan. Allí me encontraréis a mí: en ningún lugar encajo mejor. O tal vez debería decir que en ningún lugar encajaba mejor. Allí me habríais encontrado cuando estaba en la flor de la vida, pues desde que he llegado a esta ciudad no puedo dejar de percibir los celos e inquietudes que agitan el aire y las calles. Pero no en todas partes. Me refiero a que no siento esta agitación allá donde vaya, ni en todo momento. Por las mañanas, las tiendas de muebles son lugares silenciosos y despejados por los que paseo a mis anchas sin más motivo de preocupación que las diminutas partículas de fibras

sintéticas que flotan en el aire y me corroen las fosas nasales y los bronquios, por lo que acaban obligándome a marcharme y me disuaden de volver durante un tiempo.

Encontré las tiendas de muebles por casualidad, al poco de llegar, cuando me trasladaron aquí, aunque siempre me han interesado los muebles. Cuando menos, son lastres que nos mantienen con los pies en el suelo, evitando así que trepemos desnudos a los árboles y nos pongamos a aullar, abrumados por el espanto de nuestras vanas existencias. Impiden que vaguemos sin rumbo por junglas inexpugnables, urdiendo actos de canibalismo en los claros y las cuevas húmedas. Hablo por mí, aunque me atrevería a incluir en mi banal sabiduría a quienes callan. Sea como fuere, la gente que se ocupa de los refugiados me buscó este piso, que me permitió dejar el *bed and breakfast* de Celia. El viaje desde allí fue breve, pero hubo que dar muchas vueltas por calles cortas flanqueadas por hileras de casas similares entre sí. Tenía la sensación de que me estaban llevando a un escondrijo, si no fuera porque las calles eran tan rectas y silenciosas que bien podrían haber sido las de aquella otra ciudad donde una vez viví. Pero no: todo estaba demasiado limpio, reluciente y despejado, demasiado silencioso. Las calles eran demasiado anchas y los postes de alumbrado demasiado regulares; los bordillos estaban intactos y todo funcionaba como es debido. No es que la ciudad donde vivía antes fuera excesivamente mugrienta y sombría, pero las calles se retorcían como si quisieran enroscarse en torno a los putrefactos desechos de intimidades fermentadas. No, no podía haber sido aquella ciudad, aunque en algo se le parecía porque me hacía sentir acorralado y observado. De manera que, en cuanto me dejaron, salí para ver dónde me hallaba y si podía encontrar el mar. Así fue como di con esa pequeña aldea de tiendas de muebles a la vuelta de la esquina: seis establecimientos en total, cada uno tan grande como un almacén, dispuestos en una cuadrícula rodeada de plazas de aparcamiento. El lugar se llama Middle Square Park. La mayoría de las mañanas está tranquilo y desierto, y yo me paseo entre camas y sofás hasta que las fibras me ahuyentan. Entro en una tienda distinta cada día, y después de mi primera o segunda visita, los dependientes dejaron de fijarse en mí. Deambulo entre sofás y mesas de comedor, camas y aparadores, demorándome unos instantes ante algún artículo, probando mecanismos, mirando los precios o comparando tapizados. Huelga decir que hay muebles feos y recargados, pero alguno que otro es elegante e ingenioso, y durante un rato me siento satisfecho en esos almacenes, y hasta llego a creer en la clemencia y la absolución.

Soy un refugiado, un solicitante de asilo. No son palabras huecas, aunque el hábito de oírlas haga que lo parezcan. Llegué al aeropuerto de Gatwick el 23 de noviembre del año pasado a última hora de la tarde. Ese es un pequeño clímax común a todas nuestras historias: el momento en que dejamos atrás lo conocido y llegamos a un lugar extraño llevando nuestro mínimo y desordenado equipaje, reprimiendo ambiciones secretas y embrolladas. Para algunos, entre los que me incluyo, era la

primera vez que viajábamos en avión y que llegábamos a un lugar tan monumental como un aeropuerto, aunque hubiésemos viajado antes por mar y tierra, y en las alas de la imaginación. Caminé despacio por lo que me parecieron túneles desiertos y silenciosos en los que reinaba una luz fría, aunque ahora, al echar la vista atrás, sé que pasé delante de hileras de asientos, grandes ventanales, letreros y señales. Recuerdo los túneles, la inmensa oscuridad de fuera jaspeada de fina lluvia y la luz que tiraba de mí hacia dentro. Lo que sabemos con frecuencia nos impide dejar atrás la ignorancia, nos hace ver el mundo como si siguiéramos en cuclillas sobre el tibio charco que acompañaba nuestros terrores infantiles. Avancé despacio, sorprendido de que, ante cada nuevo y angustioso cambio de sentido, me esperara una señal que me decía adónde ir. Andaba despacio para no saltarme alguna indicación ni equivocarme al leer las señales, para no acabar desorientado y nervioso, llamando la atención antes de tiempo. En el control de pasaportes me llevaron a una sala aparte. «Pasaporte», dijo el hombre cuando me quedé plantado ante él un instante más de la cuenta a la espera de que me descubrieran y detuvieran. Tenía cara de pocos amigos, aunque su mirada inexpresiva pretendía ocultar todo sentimiento. Me habían dicho que no hablara, que fingiera no saber una palabra de inglés. No estaba seguro del porqué, pero no iba a desoír un consejo que sonaba de lo más astuto, la clase de artimaña que cualquier desheredado debe conocer. «Te preguntarán tu nombre, el nombre de tu padre y los méritos que te avalan; no digas nada». Cuando el hombre dijo «pasaporte» por segunda vez, se lo tendí estremeciéndome de antemano ante el maltrato y las amenazas que esperaba recibir. Estaba acostumbrado a funcionarios que te fulminan con la mirada y montan en cólera ante el menor contratiempo, que juegan contigo y te humillan por el puro placer de ejercer su sagrada autoridad. Esperaba que ese alhamel de inmigración, parapetado tras su pequeño mostrador, anotara algo, gruñera o negara con la cabeza, que levantara los ojos despacio y me mirara fijamente con el infinito aplomo con que los afortunados contemplan a quienes imploran, pero tras hojear mi documento de pega me miró con mal disimulada alegría, como el pescador que acaba de notar un tirón en el anzuelo: no tenía visado de entrada. Cogió el teléfono y habló un momento. Ya sonriendo abiertamente, me pidió que esperara a un lado.

Tenía los ojos clavados en el suelo, por lo que no vi acercarse al hombre que me llevó consigo para interrogarme. Me llamó por mi nombre y, cuando levanté la vista, esbozó una sonrisa cordial y cosmopolita con la que parecía querer tranquilizarme, como si dijera: «¿Por qué no me acompaña, y así solucionamos este problemilla?» Mientras lo seguía a paso ligero, reparé en que le sobraban unos cuantos kilos y no parecía gozar de buena salud. Para cuando llegamos a la sala de entrevistas, jadeaba un poco. Se aflojó el cuello de la camisa, se sentó en una silla e intentó acomodarse sin éxito. Se me antojó una criatura sudorosa atrapada en un cuerpo que le disgustaba y temí que su mal humor lo predispusiera en mi contra, pero volvió a sonreír y me habló en un tono comedido y educado. Estábamos en un cuartucho ciego, sin

moqueta en el suelo y sin más muebles que la mesa que nos separaba y un banco corrido a lo largo de la pared, bañado todo ello por la cruda luz de unos tubos fluorescentes que hacían que las paredes grises parecieran encogerse cuando las miraba con el rabillo del ojo. Me dijo que se llamaba Kevin Edelman al tiempo que se señalaba la placa de la chaqueta. «Que Dios te conceda salud, Kevin Edelman». Volvió a sonreír. Sonreía mucho, quizá porque, pese a mis esfuerzos, me notaba nervioso y quería tranquilizarme, o quizá porque en su oficio era inevitable regodearse en la incomodidad de quien tenían en frente. Cogió un bloc de papel amarillo que había sobre la mesa y se puso a copiar el nombre que venía en mi pasaporte de pega antes de dirigirme la palabra.

—¿Puedo ver su billete, por favor?

«El billete, por supuesto».

—Veo que lleva equipaje —dijo, señalando el documento—. Debo pedirle el talón de identificación del equipaje.

Me hice el tonto: lo del billete cualquiera podía deducirlo aunque no supiera inglés, pero «talón de identificación del equipaje» requería un buen dominio de la lengua.

—Voy a pedir que recojan... —empezó, colocando mi billete al lado de su bloc de notas, pero no acabó la frase y volvió a sonreír. Tenía la cara alargada, algo carnosa en las sienes, sobre todo cuando sonreía.

A lo mejor se relamía anticipando el ambivalente placer de revolver mi equipaje con la seguridad de que este le diría lo que quería saber con o sin mi colaboración. Supongo que le daría gusto el escrutinio, como cuando vemos una habitación antes de que la hayan preparado para ser vista, antes de que su vulgar pero auténtica naturaleza se haya transformado en algo parecido a una exhibición. Imagino que también le encantaría tener libre acceso a los códigos secretos que revelan lo que la gente trata de ocultar: una hermenéutica del equipaje que equivale a seguir un rastro arqueológico o a examinar las líneas de una carta náutica. Me quedé callado y acompañé mi respiración a la suya para que no se me escaparan las primeras señales de fastidio.

—¿Cuál es la razón de su viaje al Reino Unido? ¿Turismo? ¿Está usted de vacaciones? ¿Dispone usted de medios? ¿Tiene dinero? ¿Cheques de viaje? ¿Libras esterlinas? ¿Dólares? ¿Conoce a alguien que pueda avalarlo? ¿Alguna dirección de contacto? ¿Pensaba alojarse con alguien durante su estancia en el Reino Unido? Me cago en todo lo que se menea. ¿Tiene usted familia en el Reino Unido? ¿Entiende algo de lo que le digo? Me temo que sus papeles no están en regla, señor, por lo que tendré que negarle el permiso de entrada a menos que pueda esclarecer sus circunstancias. ¿Tiene alguna documentación que pueda ayudarme a entender sus circunstancias? ¿Papeles, tiene usted papeles?

Kevin Edelman salió de la habitación y yo me quedé allí tranquilamente sentado, reprimiendo un suspiro de alivio, y conté hacia atrás desde ciento cuarenta y cinco,

que es la cifra a la que había llegado mientras él me hablaba. Me contuve para no inclinarme hacia delante e inspeccionar su bloc a fin de averiguar si se olía algo pese a mi atolondrado mutismo. Sospechaba que podía haber alguien espiándome por algún orificio, buscando precisamente esa clase de gesto incriminatorio. Debe de haber sido el dramatismo del momento lo que me hizo pensarlo, como si a alguien le importara lo más mínimo si me hurgaba la nariz o me metía diamantes por salva sea la parte con tal de no declararlos. Tarde o temprano averiguarían lo que necesitaban saber: disponían de aparatos para ello, ya me lo habían advertido. Y sus funcionarios habían recibido una formación muy costosa para descubrir las mentiras de gente como yo, y además tenían mucha experiencia, de modo que me quedé quieto y conté en silencio, cerrando de vez en cuando los ojos para insinuar angustia, reflexión y un atisbo de resignación. «En tus manos estoy, Kevin».

Volvió con la pequeña bolsa de lona verde que constituía todo mi equipaje y la depositó sobre el banco.

—¿Le importaría abrirla, si es tan amable? —dijo.

Puse cara de inquietud y perplejidad, o esa era la intención, y esperé a que se explicara mejor. Kevin Edelman me fulminó con la mirada y señaló la bolsa, de modo que, entre sonrisas de aliviada comprensión y gestos de asentimiento, me levanté y abrí la cremallera. Sacó mis cosas una por una y las depositó con cuidado en el banco, como si se tratara de prendas finas y delicadas: dos camisas —una azul y otra amarilla, ambas desteñidas—, tres camisetas blancas, unos pantalones marrones, tres pares de calzoncillos, dos pares de calcetines, un kanzu blanco de algodón, dos sarunis, una toalla y un cofrecito de madera. Cuando llegó a este último suspiró, lo miró del derecho y del revés con curiosidad y llegó incluso a olfatearlo.

—¿Caoba? —preguntó.

No contesté, claro está, conmovido ante la visión de los míseros recuerdos de toda una vida esparcidos sobre un banco en aquel cuartucho mal ventilado. Pero no era mi vida la que yacía en ese banco, sino tan solo los objetos que había escogido como hitos de una historia que confiaba en poder contar. Kevin Edelman abrió el cofre y dio un respingo de sorpresa al ver el contenido. Quizá esperaba encontrar joyas u objetos de valor. Drogas.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras olisqueaba el cofre abierto con gesto aprensivo. Era una pregunta innecesaria porque, en cuanto abrió la caja, la habitación se llenó de un maravilloso perfume—. Incienso —añadió—. Es incienso, ¿verdad?

Cerró el cofre y lo depositó en el banco con una mirada risueña que iluminó sus ojos cansados. Interesante botín salido de algún bazar hediondo y sofocante. Atendiendo a sus instrucciones, me senté en una silla y esperé mientras se acercaba al banco con su bloc y hacía inventario de los lamentables artículos allí expuestos.

Luego volvió a la mesa y apuntó algo más: ya había llenado dos o tres páginas del bloc. Dejó la pluma sobre la mesa y se recostó en la silla sin poder reprimir un leve gesto de dolor cuando el respaldo se le clavó en los omóplatos cargados. Parecía

satisfecho de sí mismo, casi alegre. Noté que estaba a punto de dictar sentencia y no pude reprimir una oleada de amargura y pánico.

—Señor Shaabán, no lo conozco e ignoro las razones que lo han traído hasta aquí y los gastos que le puede haber acarreado el viaje y demás, pero lamento mucho comunicarle que voy a tener que denegarle la entrada en el Reino Unido. No tiene usted un visado de entrada válido, no posee medios materiales ni tiene a nadie que pueda responder por usted. No creo que entienda lo que le estoy diciendo, pero debo decírselo de todos modos antes de sellarle el pasaporte. El sello de entrada denegada implica que, la próxima vez que intente entrar usted en el Reino Unido, será automáticamente rechazado salvo que tenga los papeles en orden, por supuesto. ¿Ha entendido lo que acabo de decirle? No, ya me lo figuraba. Lo siento, pero estas formalidades son obligatorias. Intentaremos buscar a alguien que hable su idioma para que pueda explicárselo más adelante. Mientras tanto, lo pondremos en el primer vuelo disponible de regreso al punto de donde ha venido con la compañía aérea que lo ha traído hasta aquí.

Dicho esto, hojeó mi pasaporte en busca de una página en blanco y luego cogió un pequeño sello que había dejado sobre la mesa al volver la primera vez.

—Refugiado —dije—. Asilo.

Kevin Edelman alzó la vista y yo la bajé. En su mirada había ira.

—De modo que habla usted inglés —me reprochó—. ¡Ha estado usted tomándome el pelo, señor Shaabán!

—Refugiado —repetí—. Asilo.

Lo miré fugazmente al decirlo y, cuando me disponía a repetir aquellas palabras por tercera vez, Kevin Edelman me interrumpió. El gesto se le había ensombrecido y el ritmo de su respiración había cambiado, de modo que me costaba más acompasar la mía con la suya. Inspiró profundamente, sin duda esforzándose por no perder los estribos, aunque nada le hubiese gustado más que tirar de una palanca y hacer que se abriera un abismo bajo mis pies. Lo sé porque en mi vida anterior deseé eso mismo en incontables ocasiones.

—¿Habla usted inglés, señor Shaabán? —preguntó recuperando el tono conciliador, pero esta vez más esforzado que cordial, un tono oficialmente afable, poco natural.

«Puede que lo hable, puede que no». Mi respiración volvía a acompasarse con la suya.

—Refugiado —insistí señalándome el pecho—. Asilo.

Me dedicó una sonrisa esquinada, como si lo estuviera incordiando, y una larga mirada que esta vez le devolví, sonriendo abiertamente. Suspiró con gesto hastiado, negó despacio con la cabeza y rio para sus adentros, tal vez divertido por mi sonrisa perpleja. Me hizo sentir como un fastidioso y estúpido detenido que lo hubiese despistado momentáneamente durante el interrogatorio con un nimio juego de palabras. Aunque no fuera necesario, procuré recordarme a mí mismo que debía

permanecer alerta ante la posibilidad de un ataque por sorpresa. No era necesario porque él tenía muchas opciones y yo solo una: asegurarme de que Kevin Edelman no se enfadara y se planteara hacer alguna barbaridad. Debió de ser aquel cuartucho diminuto y la engañosa cortesía con que me hablaba lo que me hizo sentir como un detenido, cuando ambos sabíamos que era yo quien trataba de entrar y él de impedírmelo. Hojeó con desgana mi pasaporte y volví a sentirme como un estorbo que, sin necesidad alguna, causaba molestias e inconvenientes a gente de bien. Me dejó una vez más a solas en la habitación mientras iba a consultar y comprobar mi situación.

Yo sabía que le dirían que, por razones que ni siquiera ahora tengo del todo claras, el gobierno británico había decidido conceder asilo a quienes vinieran de donde yo venía si aducían que su vida corría peligro. Los británicos querían dejar claro ante la opinión pública internacional que nuestro gobierno era en su opinión una amenaza para sus propios ciudadanos, cosa que ellos mismos, y el resto del mundo, sabían desde hacía mucho. Pero los tiempos habían cambiado y ahora todos los miembros de la mal llamada comunidad internacional sacaban pecho para demostrar que no iban a seguir tolerando las insolencias de la indisciplinada y siempre belicosa chusma que pululaba en aquellas sabanas reseca. Hasta ahí podíamos llegar. Pero ¿qué vileza había cometido nuestro gobierno que fuera peor que las cometidas con anterioridad? Había amañado unas elecciones falsificando las cifras en las mismísimas narices de los observadores internacionales, cuando los anteriores gobiernos se habían limitado a encarcelar, violar, matar y en general humillar a sus ciudadanos. El caso es que esa conducta delictiva obligaba al gobierno británico a garantizar el asilo a cualquiera que afirmase que su vida corría peligro: una manera barata de manifestar su desaprobación más allá de toda duda. Además, no éramos demasiados; en aquella isleta de gente relativamente pobre, solo unos pocos podían costearse el billete. Varias decenas de jóvenes se las arreglaron para reunir la cantidad necesaria obligando a parientes y conocidos a desprenderse de sus ahorros secretos o a pedir dinero prestado con la seguridad de que, al llegar a Londres, serían admitidos como solicitantes de asilo porque temían por sus vidas. Yo también temía por mi vida desde hacía años, pero solo en los últimos tiempos mi miedo había alcanzado proporciones de crisis, así que, cuando me enteré de que estaban dejando entrar a los jóvenes, me decidí a emprender el viaje.

De modo que yo sabía que Kevin Edelman volvería al cabo de pocos minutos con otro sello en la mano. Ya me veía camino del centro de refugiados o de algún otro alojamiento, salvo que el gobierno británico hubiese cambiado de opinión mientras yo viajaba en el avión y hubiese decidido que la broma ya había ido demasiado lejos. Cosa que no ocurrió, porque Kevin Edelman volvió a los pocos minutos con una expresión entre irónica y divertida, aunque con aire de derrota. Me di cuenta de que al final no iba a meterme en un avión de vuelta a mi lugar de origen, ese otro lugar donde los oprimidos se las arreglan para sobrevivir. Me sentí aliviado.

—Señor Shaabán, ¿por qué hace esto a su edad? —preguntó sentándose torpemente con aire abatido, el rostro crispado de preocupación. Luego se reclinó en la silla acomodando los hombros con cautela—. ¿De veras corre peligro su vida? ¿Es usted consciente de lo que está haciendo? Quien lo haya persuadido para meterse en esta aventura le ha hecho un flaco favor, se lo aseguro: no habla usted una palabra de inglés, y lo más probable es que no lo aprenda nunca. ¿Sabe que es muy raro que las personas mayores lleguen a hablar una lengua nueva? Puede llevarle años que acepten su solicitud, y aun así es posible que lo manden de vuelta de todos modos. Nadie le va a dar trabajo. Se sentirá usted solo, desdichado y pobre, y si enferma no habrá nadie que lo cuide. ¿Por qué no se ha quedado en su país, donde podría envejecer en paz? Esto del asilo es para jóvenes que buscan trabajar y prosperar en Europa, ¿no cree? No es una cuestión moral, sino mera codicia. Ni miedo a morir, ni auténtico peligro: codicia. A su edad, señor Shaabán, tendría usted que saberlo.

¿A qué edad se supone que uno debe dejar de temer por su vida o aceptar vivir con miedo? ¿Cómo sabía Kevin Edelman que mi vida corría menos peligro que la de esos jóvenes a los que dejaban entrar? ¿Por qué iba a ser inmoral querer vivir mejor y sentirse a salvo, por qué se consideraba simple codicia? Pese a todo, me conmovía que se preocupara por mí, y hubiese deseado romper mi silencio para decirle que no se inquietase, que era mayorcito y sabía cuidarme. «Por favor, caballero, tenga usted la amabilidad de sellar ese pasaporte y enviarme a algún centro de detención seguro». Bajé los ojos por si la viveza de mi expresión revelaba que lo había entendido.

—Señor Shaabán, mírese a sí mismo y mire las cosas que ha traído con usted —dijo visiblemente frustrado, alargando el brazo hacia mis posesiones terrenales—: esto es lo único que tendrá si se queda. ¿Qué espera encontrar aquí? Permítame decirle algo: mis padres eran refugiados de Rumanía. Se lo contaría si tuviéramos más tiempo, pero lo que trato de decir es que algo sé del desarraigo y de lo que significa vivir en un país ajeno. Sé lo que implica ser extranjero y pobre porque mis padres lo sufrieron en sus propias carnes cuando llegaron a este país, y también sé que tiene sus recompensas. Pero mis padres son europeos: tienen derecho a estar aquí, son como parte de la familia. Mírese, señor Shaabán. Me apena decírselo porque no lo va a entender, y ojalá lo entendiera de una puñetera vez: la gente como usted se viene aquí sin tener la menor idea del daño que causa. No encaja usted en este lugar, no valora las cosas que nosotros valoramos, no ha tenido que sacrificarse por ellas a lo largo de varias generaciones... y no lo queremos aquí. Le haremos la vida imposible, lo someteremos a toda clase de humillaciones y quizá incluso a actos de violencia. ¿Por qué hace esto, señor Shaabán?

¡Ojalá que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera hecha rocío! Hasta ese momento había sido fácil acompasar mi respiración con la suya mientras hablaba porque la mayor parte del tiempo lo hacía en un tono pausado y neutro, como si se limitara a recitar reglamentos. Edelman... ¿era un apellido alemán? ¿O judío? ¿O quizá inventado? Hecha rocío, judío, escalofrío. En cualquier caso, era el apellido

del amo de Europa, que conocía los valores del continente y se había sacrificado por ellos a lo largo de varias generaciones. Pero es que el mundo entero se había sacrificado por los valores europeos, las más de las veces sin alcanzar a disfrutarlos. «Imagina que soy uno de esos objetos que Europa expolió». Me planteé decirle algo por el estilo, pero por supuesto no lo hice. Era un solicitante de asilo, era la primera vez que pisaba Europa, la primera vez que pisaba un aeropuerto... aunque no la primera vez que me sometían a un interrogatorio. Conocía la importancia del silencio, lo peligrosas que resultan las palabras, de modo que solo lo pensé para mis adentros: «¿Recuerdas el interminable inventario de objetos valiosos llevados a Europa porque eran demasiado frágiles y delicados para dejarlos en las torpes y descuidadas manos de los nativos? Pues yo también soy frágil y valioso: un objeto sagrado demasiado delicado para dejarlo en manos de los nativos, así que más te vale acogerme también a mí. Es broma, es broma».

En cuanto a la humillación y la violencia, no tendría más remedio que arriesgarme... aunque no hay muchos lugares a los que uno pueda huir para evitar la primera, y la segunda puede aparecer como salida de la nada... En cuanto a que alguien lo cuide a uno cuando se vuelva viejo y achacoso, mejor no abrigar demasiadas esperanzas. «¡Ay, Kevin, ojalá que el timón de tu vida permanezca siempre firme y la tormenta no te sorprenda a cielo descubierto! Ojalá no pierdas la paciencia con este suplicante, ojalá tengas la amabilidad de estampar ese sello en mi pasaporte de pega y me dejes atisbar los ancestrales valores europeos, alhamdulillah. Me urge aliviar la vejiga». Ni siquiera esto último me atreví a decirlo, aunque en ese momento era cierto. El silencio trae consigo molestias imprevistas.

Siguió hablando, frunciendo el ceño y negando con la cabeza, pero yo dejé de escuchar: es algo que aprendí a hacer con los años para huir de vez en cuando de las flagrantes mentiras que debía soportar en mi vida anterior. Me quedé mirando fijamente el pasaporte para recordarle a Kevin Edelman que ya me había salido con la mía, que se dejara de pamplinas y me pusiera el sello de una vez. Enmudeció de pronto, frustradas sus buenas intenciones de convencerme para que me subiera a ese avión y dejara Europa en manos de sus legítimos amos, y se puso a hojear mi pasaporte con el otro sello, el bueno, entre los dedos. Pero entonces recordó algo que lo hizo sonreír. Se acercó de nuevo a mi bolsa de lona verde y sacó el cofre. Tal como había hecho antes, lo abrió y olfateó su contenido.

—¿Qué es esto? —preguntó con renovado énfasis, el gesto ceñudo—. ¿Qué es esto, señor Shaabán? ¿Es incienso? —Alargó el cofre en mi dirección, luego se lo acercó a la nariz, inspiró profundamente y volvió a tendérmelo—. ¿Qué es? —preguntó, conciliador—. El olor me resulta familiar. Es una especie de incienso, ¿verdad?

A lo mejor sí que era judío. Le sostuve la mirada sin decir palabra y luego bajé los ojos. Podría haberle dicho que era oud y habríamos mantenido una agradable conversación sobre ese aroma, que quizá recordara de alguna ceremonia de su

juventud, cuando sus padres todavía esperaban que participara en las oraciones y fiestas de guardar. Pero entonces no habría sellado mi pasaporte, sino que habría querido conocer la naturaleza exacta del peligro que corría mi vida en ese pedacito de sabana reseca del que había salido, y tal vez incluso me habría mandado de vuelta esposado por fingir que no hablaba inglés. De manera que no le dije que era oud-al-qamari de la mejor calidad: lo poco que quedaba de una remesa que había comprado hacía más de treinta años y no había podido dejar atrás cuando emprendí el viaje en pos de una nueva vida. Cuando levanté los ojos, comprendí que me lo iba a robar.

—Habrá que mandarlo a analizar —dijo sonriente.

Esperó un buen rato para ver si lo había entendido y luego llevó el cofre a la mesa, lo dejó al lado del bloc amarillo, se tironeó de la camisa buscando una mayor holgura y siguió escribiendo.

Oud-al-qamari: su fragancia me vuelve a ratos, cuando menos lo espero, como un retazo de conversación o el recuerdo del brazo de mi amada rodeándome el cuello. Todos los años, por el Aid, preparaba un incensario y daba vueltas alrededor de la casa esparciendo ráfagas de perfume que llegaban a todos los recovecos, repasando las penalidades que me habían costado aquellas cosas tan hermosas, regocijándome en el placer que nos habían brindado a mis seres queridos y a mí... El incensario en una mano y un plato de latón lleno de oud en la otra. Palo de áloe, oud-al-qamari, la «madera de la luna», o al menos eso creía yo que significaba, pero el hombre que me consiguió la remesa me explicó que «qamari» era una simple deformación de «qimari»: «jemer» o «Camboya», uno de los pocos lugares en todo el mundo donde es posible encontrar la auténtica madera de áloe. El oud es una resina que solo producen los árboles de áloe infectados por hongos. Los árboles sanos no sirven, pero los infectados producen esa maravillosa fragancia: otra sutil ironía de ya se sabe Quién.

El hombre que me consiguió el oud-al-qamari era un mercader persa de Bahrein llegado a nuestro rincón del mundo con los musim, los vientos monzones, junto con otros miles de mercaderes oriundos de Arabia, el golfo Pérsico, la India y el Sind, y el Cuerno de África. Emprendían ese viaje anual desde hacía por lo menos un milenio. Durante los últimos meses del año, los vientos soplan sin cesar a través del océano Índico hacia la costa africana, donde las serviciales corrientes les proporcionan un canal en el que abrigarse. Luego, durante los primeros meses del nuevo año, los vientos viran y soplan en dirección contraria, prestos a apurar el regreso de los mercaderes a sus países. Era como si alguien lo hubiese previsto exactamente así: que los vientos y las corrientes solo alcanzaran la franja costera que va del sur de Somalia a Sofala, en el extremo norte de lo que se ha dado en llamar el canal de Mozambique. Al sur de esa franja, las corrientes se volvían peligrosas y frías. Nada se volvía a saber de los barcos que se extraviaban más allá de ese punto. Al sur de Sofala había

un mar impenetrable con extrañas nieblas, remolinos de más de un kilómetro de diámetro, enormes rayas luminiscentes y venenosas que salían a la superficie en plena noche y calamares monstruosos que ocultaban el horizonte.

Durante siglos, intrépidos marineros y mercaderes —en su mayoría rudos y pobres, qué duda cabe— emprendían el viaje anual hacia esa franja de la costa oriental del continente que mucho tiempo atrás había sobresalido en forma de ángulo para recibir a esos vientos favorables que llamaban musim. Llevaban consigo sus mercancías, su Dios y su manera de ver el mundo, leyendas, canciones, plegarias y tan solo un atisbo del saber que atesoraban. Y también sus ansias y codicias, sus fantasías, mentiras y odios. Algunos se quedaban de por vida, pero el resto partía con todo lo que podía comprar, intercambiar o arrebatarse, incluidos congéneres a los que adquirirían o secuestraban y luego vendían como esclavos en sus propios países, donde eran sometidos a toda clase de humillaciones. Después de tanto tiempo, los habitantes de esa costa apenas sabían quiénes eran, pero se aferraban a lo poco que sabían para distinguirse de aquellos a los que despreciaban y que vivían entre ellos o mezclados con la progenie limítrofe de la raza humana que poblaba el interior del continente.

Luego, los portugueses, doblando el cabo de Buena Esperanza, irrumpieron de un modo repentino y calamitoso desde ese mar desconocido e impenetrable, poniendo fin a la geografía medieval con sus cañones de a bordo. Cegados por la religión, sembraron el caos en islas, puertos y ciudades, regodeándose en su crueldad contra los habitantes a los que saqueaban sin compasión. Más tarde los omaníes se encargaron de expulsarlos y tomar el mando en nombre del Dios verdadero introduciendo la moneda india, seguidos de cerca por los ingleses, y estos por los alemanes, los franceses y cualquiera que tuviese medios suficientes.

Se trazaron mapas nuevos, mapas completos, de modo que cada palmo de tierra quedara consignado y todos supieran quiénes eran, o por lo menos a quién pertenecían. ¡Cómo lo transformaron todo esos mapas! Y así sucedió que, con el paso del tiempo, esas pequeñas ciudades diseminadas a lo largo de la costa africana, a orillas del mar, pasaron a formar parte de inmensos territorios que se adentraban cientos de kilómetros hacia el corazón del continente, densamente poblados por gentes a las que consideraban inferiores hasta que, llegado el momento, las tornas cambiaron y les pagaron con la misma moneda. Entre las muchas penurias infligidas a esas ciudades a orillas del mar se contaba la prohibición del comercio musim. Los últimos meses del año ya no traerían consigo un sinfín de veleros abarloados en el puerto, ni las relucientes estelas de sus desechos en el agua, ni calles atestadas de somalíes, árabes sirios y sindis que compraban, vendían y se enzarzaban en reyertas incomprensibles, que por las noches acampaban al aire libre, cantaban alegres tonadas y hacían té o se echaban en el suelo sobre sus mugrientos andrajos, soltándose procacidades a voz en cuello. Al cabo de un par de años, las calles y espacios abiertos quedaron en silencio por su ausencia durante esos últimos meses del año, sobre todo cuando empezamos a sentir la falta de las cosas que solían traer

consigo: ghee y almáciga, telas, baratijas de tosca factura, ganado vivo y pescado en salmuera, dátiles, tabaco, perfume, agua de rosas, incienso y toda suerte de cosas prodigiosas. Echábamos de menos su desastrada alegría en las calles, aunque no tardamos demasiado en olvidarlos, conforme se fueron haciendo inimaginables en la nueva vida que surgió durante esos primeros años tras la independencia. De todos modos, tal vez tuvieran los días contados. ¿A quién se le ocurre navegar cientos de millas para vendernos telas y tabaco pudiendo vivir a cuerpo de rey en los ricos Estados del Golfo?

He aquí la historia del mercader que me conseguía el oud. La contaré como sigue porque ya no sé quién pueda estar escuchando. Se llamaba Hussein y era un persa de Bahreín, como se encargaba de recordar a quienes lo tomaban por árabe o indio. Se contaba entre los mercaderes más prósperos de la época, vestía un kanzu color crema con bordados típico del golfo Pérsico y siempre iba impecablemente limpio y perfumado. Era de una cortesía exquisita, cosa nada habitual entre los mercaderes que llegaban con los musim. Sus buenos modales eran una especie de don, un talento: transformaba un conjunto de ademanes y formalidades en algo abstracto y poético. Comerciaaba con incienso y perfumes y, en honor a la verdad, esa combinación de gentileza, opulencia y ungüentos le daba un aspecto escurridizo y ladino. Por algún motivo, decidió trabar amistad conmigo. No es que no tenga ni la más remota idea de por qué nos hicimos amigos, pero Hussein no era la clase de persona que dice esas cosas a las claras, y yo temo pecar de presuntuoso si me pongo a hacer conjeturas. No quisiera darme pisto, ni convertir su sutil manera de cultivar la amistad en algo vulgar.

Era la época de los musim de 1960 y yo acababa de poner en marcha un negocio con todas las de la ley. Durante cerca de cuatro años había hecho algún que otro chanchullo que compaginaba con un puesto de administrativo en la junta directiva de la Secretaría de Finanzas, pero a los británicos no les gustaba que sus funcionarios se dedicaran también a los negocios privados, sobre todo si tenían algo que ver con el departamento financiero. El caso es que se me iban presentando ocasiones, así que me vi forzado a aprovecharlas de manera clandestina mientras acumulaba algún capital. En 1958 murió mi padre, dejándome suficientes recursos para convertir el comercio en mi medio de vida. Una vida dedicada a los negocios es una vida cruel y despiadada que consume a sus presas, una vida que se presta a los equívocos y habladurías, pero yo no lo sabía cuando empecé. Mi madrastra murió poco después. Como contaré en su momento, los enterré a ambos con el debido respeto y las prácticas de rigor, por más que algunas voces maliciosas insinuaran lo contrario. Cuando conocí a Hussein tenía treinta y un años, acababa de perder a mi padre y poco después a mi madrastra, vivía solo en una casa cómoda y eran muchos los que envidiaban mi buena estrella. Las malas lenguas se cebaban conmigo, cosa que en el

pequeño rincón donde vivía era señal inequívoca de un poder creciente, o eso creía. El caso es que, cegado por la vanidad, no supe ver el mal que me acechaba.

Años antes, las autoridades británicas habían tenido la amabilidad de elegirme entre los incontables colegiales autóctonos que anhelaban seguir estudiando la clase de saber que impartían los ingleses, aunque no tengo claro si todos entendíamos dónde nos estábamos metiendo. Lo nuestro eran ganas de aprender, cosa que venerábamos y que las enseñanzas del Profeta nos animaban a venerar, pero había también cierto glamur en ese tipo de educación, algo relacionado con sentirse admitido en el mundo moderno. Creo, además, que admirábamos secretamente a los británicos por la audacia que representaba su presencia allí, tan lejos de su tierra, por saber ejercer el poder con tanto aplomo y acumular tantos conocimientos de las cosas que realmente importaban: curar enfermedades, pilotar aviones, rodar películas... Puede incluso que la palabra «admiración» se quede corta para describir lo que creo que entonces sentíamos, porque tenía más que ver con someternos a su autoridad sobre nuestra existencia material, someternos mental y físicamente, sucumbir a su deslumbrante seguridad. En sus libros leía relatos nada halagüeños de la historia de mi pueblo, y precisamente porque no eran halagüeños parecían más verídicos que los que nos contábamos a nosotros mismos. Leía sobre las enfermedades que sufríamos, el futuro que teníamos por delante, el mundo en que vivíamos y nuestro lugar en él. Era como si nos hubiesen rehecho de un modo que ya no nos quedaba más remedio que aceptar, tan completa y verosímil era la historia que contaban de nosotros. No creo que la hubiera dictado el cinismo, porque ellos mismos se la creían también: era su manera de entendernos y de entenderse a sí mismos, y había muy poco en la abrumadora realidad que vivíamos que nos invitara a ponerla en tela de juicio mientras fuera novedosa y nadie la contestara. Los relatos sobre nosotros mismos que contábamos antes de estar bajo su tutela se nos antojaban medievales y fantasiosos, mitos sagrados y secretos que se traducían en metáforas litúrgicas y ritos de iniciación, la clase de conocimientos que, pese a nuestra entusiasta observancia, no podía competir con los suyos, o al menos eso me parece cuando pienso en mi niñez sin recurrir a la ironía ni a la perspectiva que me ha dado conocer la historia completa del ancho mundo. En la escuela apenas si había tiempo para esas otras historias, pues la enseñanza se reducía a una metódica acumulación del conocimiento que daban por verdadero, a través de los libros que ponían a nuestra disposición en la lengua que nos enseñaban.

Pero dejaban demasiados huecos sin rellenar, y la realidad misma se les resistía, de modo que, con el tiempo, empezaron a aparecer auténticos socavones en la historia, que se fue deshilachando y desmoronando bajo sucesivos ataques, hasta que los británicos no tuvieron más remedio que retirarse a regañadientes. Sin embargo, la cosa no quedó ahí: todavía estaban por llegar la cuestión de Suez, las atrocidades cometidas en el Congo y Uganda y otras amargas sangrías en distintos lugares. Entonces parecía que los británicos no nos hubiesen hecho más que favores, si los

comparábamos con las brutalidades que nos infligíamos nosotros mismos. Sin embargo, sus favores estaban teñidos de cinismo: en las aulas nos enseñaban lo noble que era resistir a la tiranía y luego aplicaban el toque de queda al anochecer o metían en la cárcel, acusados de sedición, a quienes repartían panfletos a favor de la independencia. Pelillos a la mar: es verdad que construyeron presas, mejoraron el sistema de alcantarillado y trajeron las vacunas y la radio. Al final, su partida se antojó demasiado repentina, precipitada y hasta cierto punto caprichosa.

El caso es que las autoridades británicas me eligieron a mí y a otros tres compañeros entre incontables estudiantes ávidos de saber como destinatarios de una beca para acudir al Makerere University College de Kampala, un lugar que hoy es tan solo una sombra de lo que entonces representaba. Yo tenía dieciocho años, y ahora pienso en lo afortunado que fui por haber tenido la oportunidad de ver el mundo con otros ojos y comprobar cómo se nos veía desde esa perspectiva: insignificantes y desharrapados.

Hussein. Los musim del año 1960 fueron una bendición: vientos serenos y estables, decenas de barcos generosamente cargados navegaron seguros hasta entrar en la bahía, ninguno se perdió en el mar, ninguno se vio obligado a volver. También las cosechas fueron buenas ese año, el comercio funcionaba a buen ritmo y apenas si hubo constancia de aquellas encendidas broncas entre compañías navieras que protagonizaban de vez en cuando los ariscos lobos de mar. Era el tercer musim de Hussein, y vino a mi nueva tienda de muebles para admirar los objetos que tenía expuestos. Lo de «nueva» es un decir porque en realidad era la antigua pastelería de mi padre restaurada, repintada e iluminada para vender muebles y otros objetos hermosos. Pese a todos mis esfuerzos, el olor a ghee caliente seguía flotando en el aire, y en los momentos de desaliento nada parecía distinguir mi tienda de la lúgubre cueva donde mi padre vendía halva en porciones. Pero yo sabía que sí era distinta, que el desaliento era tan solo un reflejo de mi carácter melancólico y pusilánime, y que esos momentos de pesimismo eran inevitables, de modo que apelaba a mi propia sensatez. Sabía que la tienda tenía un aire elegante y selecto, y que los objetos allí expuestos hablaban por sí solos. Siempre me habían interesado los muebles, los muebles y los mapas: cosas hermosas e intrincadas. Contraté a dos ebanistas, los instalé en la trastienda y los puse a fabricar artículos bajo pedido: armarios, sofás, camas, esa clase de cosas. Lo hacían muy bien, con diseños que les resultaban familiares y maderas que sabían trabajar. Sin embargo, las verdaderas ganancias —y mi pasión por el negocio— estaban en las subastas por lotes de muebles y enseres domésticos, entre los cuales seleccionaba las piezas más valiosas y las antigüedades. Una pequeña vitrina de madera de sándalo hecha en Cochín o Trivandrum me deparaba bastante más placer y beneficios que una pila de monstruosidades nuevas de reluciente caoba acristalada, tan vulgares como mediocres, que por lo demás también acababa vendiendo con algún provecho a clientes y comerciantes. Si había que restaurar alguna pieza lo hacía con mis propias manos, al principio un poco a ciegas,

pero mis clientes sabían aún menos que yo sobre el tema, de modo que nadie resultaba perjudicado.

¿Mis clientes? Para las antigüedades y piezas selectas eran turistas europeos y colonos británicos afincados en la zona. Vivíamos en una escala de los cruceros de la compañía Castle Line que iban y venían de Sudáfrica a Europa. Había otras líneas, pero la Castle Line me aseguraba una visita dos veces por semana: una del barco que iba y otra del que venía. Los turistas desembarcaban y paseaban de la mano de guías acreditados que, a cambio de una comisión, llevaban a muchos de ellos hasta mi tienda. Eran mis mejores clientes, los más esperados, aunque también hiciera negocios con los funcionarios coloniales que residían en la ciudad y con los dos o tres funcionarios consulares de otras metrópolis (concretamente, Francia y Holanda). En cierta ocasión, el ministro residente británico, el mismísimo Señor de los Mares, envió a un emisario para interesarse por un espejo decimonónico de Malaca cuyo marco tenía incrustaciones de plata. Por desgracia, el precio estaba muy por encima de sus posibilidades. El subalterno frunció los labios rojos y se pasó la mano por el pelo rubio con mal disimulada contrariedad cuando le dije cuánto costaba, como si me hubiese excedido, pero enseguida supe que no podía permitírselo. El hombre taconeó en el suelo un par de veces y exclamó: «¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!» como para sus adentros, inflando los mofletes sonrojados, a la espera de que yo acatará respetuosamente el derecho del almirante a determinar el precio, pero sonreí con cortesía, haciendo oídos sordos a sus protestas. Cualquiera que conociese la artesanía de Malaca sabría que el espejo no valía un penique menos.

No es que mis convecinos fueran incapaces de ver la belleza de aquellos artículos: exhibía los más hermosos de todos en la tienda y la gente entraba a verlos y admirarlos, pero no querían ni podían pagar los precios que pedía por ellos, y tampoco tenían la necesidad compulsiva de mis clientes europeos de adquirir todo lo bello que hubiese en el mundo para llevárselo de vuelta a casa y poseerlo como un trofeo que demostraba lo cultivados y desprejuiciados que eran, como símbolo de sofisticación y de la conquista de las inabarcables sabanas reseca. En otras épocas, el subalterno del ministro residente británico no se hubiese arredrado ante el coste del espejo con incrustaciones de plata, sobre todo después de que yo le dijese que solo quedaban unos pocos como ese en el mundo: se lo habría llevado al precio fijado o sin pagar cantidad alguna, por derecho de conquista, como reflejo de nuestro respectivo valor en el orden universal. Algo parecido había hecho Kevin Edelman con mi cofre de oud-al-qamari. No es que no entienda su impulso.

Reconocí a Hussein en cuanto entró en la tienda: un tipo alto e inconfundible, con aire de hombre de mundo. Al verlo, la cabeza se me llenó de palabras como «Persia», «Bahrén», «Basora», «Harún al-Rashid», «Simbad» y muchas más. Nadie nos había presentado, pero lo conocía de haberlo visto por las calles y en la mezquita. Hasta sabía cómo se llamaba porque la gente hablaba de él: el año anterior se había alojado en casa de un funcionario del Departamento de Obras Públicas, Rayab Shaabán

Mahmud, con el que yo había hecho algunos tratos delicados en el pasado. En 1960, en cambio, no se quedó con Mahmud por algún desencuentro con visos de escándalo, según decían las malas lenguas, sino que se alojó en los alrededores y era conocido por su generosidad, lo que implicaba, bien lo sabía yo, que los falsos enfermos de costumbre (esos pedigüños desvergonzados a quienes nuestro modo de hacer las cosas permite convertir la debilidad y la humillación en un modo de vida) ya lo habrían tanteado en busca de limosnas. Me saludó en árabe con una cortesía un tanto alambicada, se interesó por mi salud y me deseó prosperidad en el negocio, quizá cargando un poco las tintas. Me disculpé por mi árabe, que apenas chapurreaba, y le respondí en suajili. Sonrió compungido y repuso: «Ah, kiswahili. Ninaweza kidogo kidogo tu», «Ah, suajili. Hablo muy muy poco». Y, para mi sorpresa, continuó en inglés. Era sorprendente porque los mercaderes y marineros que llegaban a la ciudad durante la temporada de los musim eran gentes rústicas de modales toscos, lo que no implica que carecieran de cierta integridad y decoro. Huelga decir que Hussein no era como ellos, ni en apariencia ni por su manera de conducirse, pero si hablaba inglés era porque había ido a la escuela, y quienes iban a la escuela no se hacían marineros ni comerciantes de los musim, que viajaban hacinados a bordo de sórdidos dóus en la mugrienta compañía de matasietes vocingleros que no conocían más lenguaje que la fuerza bruta.

Hussein se sentó en la silla que le ofrecí, atusándose el bigotazo y sonriendo a la espera de que le preguntara qué lo traía hasta mi tienda. Había oído hablar de ella, dijo, y de las muchas cosas hermosas que vendía. Buscaba un regalo para un amigo, algo refinado y original.

—Para la familia de un amigo —aclaró.

Deduje que buscaba algo para una mujer: quizá la esposa de un hombre con el que hacía negocios, quizá no. Le mostré la tienda y lo primero que le llamó la atención fue una delgada cajita de ébano que yo había comprado pensando que podía haber servido para guardar el puñal de un asesino. Después se detuvo ante una vitrina circular de teca grabada con un motivo de pórticos y ruedas, pero ya me había dado cuenta de que sus ojos vagaban en dirección a una mesita de ébano con tres patas delicadamente curvadas, hecha de un ébano tan pulido que resplandecía trémulamente incluso desde lejos. Antes de acercarse miró largo rato un juego de copas de cristal verde tallado dispuestas sobre una bandeja de plata. Deslizó un dedo por el borde dorado de las copas, suspiró y dijo en un susurro:

—Preciosas, exquisitas. —Y, finalmente, cuando llegamos a la mesa de ébano a la que yo sabía que había echado el ojo, señaló—: Igual que esto.

—¿Esta fruslería? —pregunté.

Sonrió amablemente cuando le dije el precio y asintió. Volvimos a nuestros asientos para iniciar un placentero y cortés intercambio de puntos de vista sobre el particular. Al cabo de un rato, cuando quedó claro que partíamos de puntos demasiado alejados para llegar a un acuerdo, Hussein cambió de tema y empezó a

hablar de algo que no alcanzo a recordar. Así nos hicimos amigos, a través de ese informal toma y daca en torno a la hermosa mesita y el disfrute de esas pequeñas demostraciones de mutua cortesía. Es posible que el placer de hablar en inglés también pesara lo suyo. A partir de ese día, en algún momento de la jornada aparecía por la tienda, confirmaba que su mesa —como la llamaba— seguía allí y después se quedaba a charlar. A veces había alguien más en el local, pasando el rato, intercambiando noticias, haciendo algún negocio... la cordial rutina de una pequeña ciudad. Cuando eso sucedía, Hussein se ponía cómodo y hacía lo posible por seguir la conversación. Aquellas charlas no tenían nada de solemne, pero él escuchaba atentamente y me pedía ayuda si había algo en particular que no entendía, a veces como demostración de su extraordinaria cortesía, otras porque no quería perder detalle de algún jugoso cotilleo. Sin embargo, cuando no había nadie más en la tienda, se recostaba en la silla con el tobillo derecho encajado debajo del muslo izquierdo, liaba un grueso cigarrillo y hablaba.

\* \* \*

Aquel era su tercer musim en África. Antes que él, nadie de su familia había hecho negocios por esa ruta: preferían ir más hacia oriente. El abuelo, Yaafar Musa, era un legendario mercader que pasó casi toda su vida en Malaca y Siam, adonde había llegado de joven como aprendiz de un comerciante persa conocido de su padre. Los mercaderes persas y árabes habían comerciado en Malaca desde hacía siglos, y los de Hadramaut recibieron allí el mensaje del islam en el siglo VII, es decir, poco después de las revelaciones del Profeta en La Meca. También había mercaderes de la India y de China: todos esos pueblos trabajaban y competían por la ruta del comercio. Pero el islam se extendió al punto de que se fundaron Estados musulmanes y todo un imperio. Si bien portugueses y holandeses habían conquistado y gobernado esas tierras con mano de hierro desde principios del siglo XVI, no fue hasta mediados del XIX, con la llegada de los arrogantes británicos, que el poderío de los Estados musulmanes malayos se vio finalmente aniquilado. Todo eso pesaba en la historia personal de Hussein.

Desde el inicio de su estancia en Malaca, las empresas del abuelo Yaafar Musa fueron bendecidas por la suerte y se hizo rico siendo aún joven: en plena flor de la vida participaba en toda clase de negocios y tenía varios barcos surcando los mares asiáticos. Esa gran prosperidad coincidió con la época en que los europeos, especialmente los británicos, se hacían con el control del mundo. Hacia 1880, en nombre de una civilización superior, habían expulsado a casi toda la competencia en el comercio del Lejano Oriente. Acaparaban el opio, el caucho, el estaño, la madera, las especias, y pretendían acceder a todo ello sin la menor interferencia por parte de otros mercaderes —ya fueran autóctonos, musulmanes o adoradores de mil demonios—, y mucho menos de los que venían de territorios que no estaban bajo su autoridad.

Había motivos sobrados para suponer que se abrirían paso allí como habían hecho en otros lugares, de manera que Yaafar, tratando de postergar en lo posible ese momento, contrató a europeos para capitanear sus barcos y trabajar como empleados en sus oficinas, y echando mano de alguna que otra artimaña se las arregló para simular que eran los empleados europeos los que lo dirigían a él y no a la inversa, que no era sino un títere de sus hábiles servidores, sin los cuales el negocio se habría ido a pique. En apariencia, la suya era una compañía europea, pero en realidad Yaafar Musa seguía instalado en un antiguo cobertizo de madera adosado a la oficina, dando las gracias a Dios por su fortuna en los negocios y maquinando nuevas operaciones. Sus barcos llegaban a todos los confines del mundo conocido: la isla de Célebes al sur, el país de los qimari o jemerres al este y Bahréin hacia poniente, sin hacerle ascos a ningún punto intermedio. Y así, a la chita callando, Yaafar Musa veía cómo las altivas compañías navieras europeas se iban a la bancarrota, cómo los gallardos capitanes y sus tripulaciones se hundían con ellas o huían como ratas del naufragio. Naturalmente, no todas quebraron, pero sí un buen número de ellas, y al cabo de un tiempo se hizo evidente que Yaafar Musa se estaba convirtiendo en uno de los mercaderes más ricos de Malaca pese a los barcos de vapor, los fusiles de repetición y los sultanes que hacían cola para capitular ante el nuevo orden mundial.

Fue un momento de grave peligro para él, algo de lo que era muy consciente: los británicos metían baza allí donde podían, se infiltraban sin vacilar en el disciplinado caos de los gobiernos autóctonos, haciendo preguntas minuciosas, redactando informes, aramblando con todo, imponiendo cónsules, ministros residentes y regulaciones aduaneras, estableciendo el orden a fuerza de asumir el mando en todo aquello que pudiera darles un par de peniques. Y ahí estaba ese rico mercader persa, ese «árabe», como los británicos insistían en llamarlo, al que los rumores y las especulaciones suponían aún más rico de lo que era, un hombre al que la envidia había transformado en un legendario y despiadado conspirador, un déspota, un negrero, dueño de un harén, sodomita de muchachos, alguien que controlaba con sus malas artes negocios que deberían estar en manos más dignas. Se hablaba de investigar sus maniobras comerciales, incluso de la posibilidad de llevarlo ante los tribunales por secuestro y asesinato. Nadie se lo decía en su cara, pero él sabía que todo eso eran amenazas huecas de los europeos y no se le escapaba hasta qué punto deseaban que se cumplieran. Algo veía en los ojos de los europeos que trabajaban a sus órdenes, algo que lo hacía sospechar que les costaba más que nunca no mirarlo por encima del hombro aunque siguieran mostrándose obsequiosos y correctos.

Yaafar Musa y su difunta esposa, Maryam Kufah —que Dios se apiade de su alma—, habían tenido un hijo y dos hijas, los tres nacidos en Malaca. Las hijas, Zeynab y Aziza, ya estaban honrosamente casadas cuando sucedieron estos acontecimientos, y vivían en Bombay y Shiraz con sus respectivos maridos, ambos pertenecientes a familias lejanamente emparentadas con Yaafar. Así había sido a lo largo de décadas, tal vez siglos: por muy lejos que la gente viajara para comerciar,

recibía y mandaba noticias, y llegado el momento de casar a hijos o hijas siempre había una opción honorable a su disposición. Así había sido con las hijas de Yaafar, aunque hoy en día esa costumbre haya caído en desuso. La intuición de Yaafar Musa le aconsejaba emprender una cuidadosa y discreta retirada de Malaca antes de que resultara imposible seguir resistiendo a la codicia de los británicos. Trasladaría el negocio a Bombay y Shiraz, poniéndolo a nombre de las hijas y bajo la dirección de los yernos mientras los acontecimientos seguían su curso y llegaba el momento de que su hijo y él se marcharan llevándose la fortuna tan intacta como fuera posible.

Pero el hijo, Reza, se resistía: desde hacía años le inquietaba el subterfugio de su padre, consistente en hacer creer que eran los europeos quienes llevaban el negocio, así como la falta de respeto con que, a su entender, los empleados los trataban a su padre y a él. «Si quieren guerra, la tendrán», decía. Abogaba por prescindir de esos malditos arrogantes, emplear a malayos, indios y árabes y comerciar tan despiadadamente como pudieran. Yaafar Musa, que toda su vida adulta había comerciado despiadadamente, se alarmó y angustió ante el encono del hijo: no estamos hablando de pequeños sultanes de tres al cuarto, sino de los amos del mundo. Primero trató de engatusarlo, luego le habló de la inamovible realidad de sus circunstancias y finalmente recurrió a la insistencia. Reza acató su criterio, pero sin dejarse convencer, pues aquella injusticia seguía enfureciéndolo.

En el año 1899, Yaafar Musa sufrió un infarto. Deambulaba por la ancha galería de la planta alta de su casa, dispuesto a dar el habitual paseo vespertino por su precioso jardín, cuando sintió como si alguien le golpeará con fuerza el diafragma: su corazón había reventado. El jardinero, Abdulrazak, que siempre regaba los arriates a última hora de la tarde —y que, en todo caso, no empezaba hasta ver aparecer por allí al patrón para recibir sus recomendaciones y consejos, pues consideraba estos intercambios el momento álgido de su jornada laboral—, estaba escogiendo unos jazmines para su mujer con un ojo puesto en la galería a la que daba el dormitorio del mercader. Vio que Yaafar Musa se encorvaba y caía a un lado, y por unos instantes se quedó inmóvil como si hubiese llegado el fin del mundo; después, corrió hacia arriba pidiendo auxilio a gritos, resbaló y se raspó las espinillas en la escalera de teca encerada, que manchó con los pies embarrados al subir. Rodeó al mercader con los brazos y lo acunó como si fuera una criatura mientras daba voces para que alguien acudiera en su ayuda. Pero fue en vano: a esas horas no había nadie en esa parte de la casa, la terraza con vistas al jardín del mercader, donde en tiempos se sentaba con su adorada Maryam Kufah a ver caer la tarde mientras charlaba con ella o la oía recitar algún poema; la misma terraza donde sus hijas, mientras vivieron allí con ellos, antes de la muerte de la madre, se reunían a veces con ambos y cantaban, reían y conversaban. Cuando era más joven, Reza también solía hacerles compañía. Pero ya nadie entraba en esa parte de la casa, al menos a esas horas, ni siquiera después de que las hijas se hubieron marchado, salvo el jardinero. Así fue como Yaafar Musa, el legendario y despiadado mercader árabe, murió en brazos de su jardinero,

Abdulrazak, cuya cara quedó cubierta de lágrimas, mocos y sangre de los vasos capilares que estallaron a causa del incontrolable llanto.

—Mientras encabezaba la multitudinaria procesión fúnebre, mi padre ya planeaba cambios —me contó Hussein—. De nada sirvieron, y acabó perdiendo el negocio, como había predicho mi abuelo. Se deshizo de los empleados europeos en cuanto pudo, en algún momento de la primera década del siglo xx, pero luego no consiguió que nadie aceptara trabajar para él en un puesto de cierta categoría: había demasiado miedo a los británicos, pues, para entonces, todos los sultanes se habían sometido a su protectorado. Mi padre tuvo que pagar una importante indemnización a los capitanes y gerentes a los que había despedido, y a todas las compañías que esperaban remesas y envíos. Le hicieron pagar las costas de los tribunales sin que ninguna aseguradora aceptara cubrirlas. Los funcionarios de aduanas lo registraban todo, lo retrasaban todo, lo acusaban de intentar sobornarlos. Seguramente con razón, porque él sin duda creería que era eso lo que buscaban. Tenía veintitantos años y creía competir en pie de igualdad con los demás, pero se equivocaba. Los europeos jugaban con ventaja, de modo que lo estrangulaban poco a poco y el negocio se fue a la quiebra. No obtuvo crédito ni siquiera de fuentes locales, no digamos ya de las todopoderosas firmas británicas. Después de 1910, toda Malaca les pertenecía, incluso Johor y los Estados del norte. En esos diez años, la gran empresa que mi abuelo había levantado con tanta astucia se había convertido en un negocio de poca monta, aunque todavía no estaba endeudado: mi padre vivía obsesionado con no endeudarse. Al final, se vio obligado a pensar en vender la casa con su precioso jardín, que el jardinero había cuidado con esmero durante todo ese tiempo. Y entonces, cuando la casa se puso a la venta, empezaron a correr de nuevo aquellos rumores sobre mi abuelo: que si era un esclavista, un criminal y sabe Dios qué más, y hasta les dio por añadir que se follaba al jardinero, con perdón, y que por eso lo habían encontrado muerto en sus brazos. Había llegado el momento de que mi padre se marchara, se alejara del veneno de quienes ahora se quitaban la careta de un modo tan desvergonzado.

Eso le había contado Reza a su hijo Hussein y a otros que, de tanto en tanto, le preguntaban por la temporada que había vivido en Malaca, pero no era algo de lo que le gustara hablar. Relatar aquellos hechos lo enfurecía, y todo era tan injusto que a veces rompía a llorar de rabia. No era una historia bonita de contar, y menos a un hijo, y menos aún a los mercaderes con los que se asoció en Bahrein. Había perdido la fortuna laboriosamente acumulada por su padre en un lugar tan remoto. Yaafar Musa había cumplido el sueño de todo mercader; encarnaba la leyenda del que se pone en marcha hacia un destino lejano con sus escasas pertenencias terrenales para acabar cosechando prosperidad y respeto. La historia de Reza era la cara oscura de ese sueño: que, después de una vida de sacrificios y artimañas, el hijo lo echara todo a perder. Eso pensé yo también cuando Hussein me contó la historia. Apenas Reza

apareció en el relato, predije para mis adentros que lo perdería todo. Pero en realidad no lo perdió todo, sino que logró salvar lo suficiente del naufragio para emprender otro negocio en Bahrein. Desde allí importaba perfumes, incienso y telas de Siam, Malaca y otros confines orientales. Bahrein también estaba bajo el yugo de los británicos, como gran parte del mundo conocido, pero allí su gobierno era mucho más precario. Para ellos no era sino un puesto desde el que atacar a sus enemigos y reabastecer las embarcaciones. Y los mercaderes persas, árabes e indios que hacían negocios allí desde hacía siglos eran demasiado astutos para dejarse intimidar por la altanería de los británicos. Antes de que en 1930 se encontrara petróleo en Bahrein, no había demasiadas razones para pelear por ese territorio, aparte del comercio de importación. No había estaño, caucho, oro ni ninguna otra materia prima que pudieran arrancar de la tierra para llevarla como botín a Europa.

A veces, cuando había demanda, Reza comerciaba con maderas preciosas: si un agá se estaba construyendo una nueva mansión y los carpinteros necesitaban teca para las escaleras o caoba para los dormitorios, o si el intermediario de algún sultán sirio, barón ruso o banquero alemán andaba buscando suministros para un palacio donde poder jactarse de su buena fortuna. Soy yo quien imagina esas transacciones, aunque Hussein llegó a mencionar sus tratos con el representante de un barón ruso que se había establecido en Mashad ante la supuesta ocupación inminente de Persia por parte del zar. He olvidado qué negocios me dijo Hussein que tenían con él. A lo mejor no me lo dijo. Reza hasta dejó algunos empleados en Malaca para que actuaran como agentes comerciales y vigilaran los escasos bienes que todavía le quedaban allí.

El caso es que el traslado a Bahrein también fue venturoso, tal como el de su padre a Malaca, aunque con resultados menos espectaculares. La guerra contra los turcos no solo no lo perjudicó, sino que lo benefició, pues se contaban por miles los detestables soldados ingleses e indios que pasaban por allí camino del frente iraquí trayendo consigo nuevas oportunidades de negocio (¡pobre Irak, da la impresión de que los ingleses han pasado buena parte de este siglo luchando allí por uno u otro motivo!). Poco después de la guerra, en 1918, Reza se casó y fue bendecido con el nacimiento de tres hijas antes de que llegara Hussein. Su tienda era un constante vaivén de personas que acudían allí a sabiendas de que siempre eran bienvenidas, ya fuera para comprar, vender o sentarse a charlar en aquel ambiente de aromas embriagadores. Sus hijos correteaban por la tienda, mimados y elogiados por todos, aceptando semejante adoración con precoz compostura.

—Mi padre quería a sus hijos —me contó Hussein, y se le empañaban los ojos al recordarlo—. Y nosotros lo queríamos a él. Era algo que se tomaba muy a pecho, y no escatimaba esfuerzos para que todos los demás nos quisieran también.

Cuando Hussein tenía diez años, Reza decidió hacer un viaje a Malaca para liquidar los pocos negocios que aún le quedaban allí, visitar los lugares que solía frecuentar y demostrar a quien quisiera saberlo que las cosas tampoco le habían ido tan mal. Llevó a Hussein consigo como prueba de su buena fortuna, pero también

para enseñarle el ancho mundo y que aprendiera a arreglárselas por su cuenta. Pasaron cuatro meses viajando, entre la travesía, finiquitar los negocios, visitar lugares de interés y reunirse con los amigos.

—Espere, espere —le rogué a Hussein—. Déjeme buscar un mapa: quiero que me señale todos esos sitios, saber dónde están.

Fueron incluso a Bangkok, donde Reza había pasado unos meses de adolescente, poco antes de que las cosas se torcieran, viviendo con el representante de su padre. Entonces era una tranquila y preciosa ciudad portuaria con canales y bulevares que discurrían paralelos al río, no la gran urbe hacinada en que se convirtió después. Allí se congregaba gente de todo el mundo: chinos, indios, árabes, europeos... Para Hussein, aquel viaje con su padre fue una experiencia maravillosa: atesoraba en la memoria innumerables imágenes de esa temporada que, convertidas en anécdotas, me transmitió para que también yo las atesorara. Aún hoy imagino la austera serenidad del patio de un templo por el que había paseado, y la abrumadora majestuosidad de su cúpula. He tenido ocasión de ver una fotografía de ese templo, pero en absoluto hacía justicia a la belleza que Hussein me había descrito.

En Bangkok, su padre adquirió a buen precio una remesa de oud-al-qamari camboyano de la mejor calidad y la fletó hacia Bahreïn en el mismo barco que los llevó de vuelta. Fue precisamente el padre de Hussein quien descubrió que oud-al-qamari, la «madera de la luna», era una deformación de oud-al-qimari: la «madera de los jemerres». Al poco de su regreso estalló la guerra con Japón y no hubo manera de conseguir oud durante siete u ocho años, por lo que Reza obtuvo grandes beneficios de aquel cargamento a lo largo de ese tiempo.

—Todavía me queda un poco —dijo Hussein sonriendo al ver cómo me había emocionado y cautivado la historia del viaje y del oud.

Fue entonces cuando comprendí que Hussein, el muy pillo, seguía regateando por la mesita de ébano. La miró de refilón y luego se volvió hacia mí con gesto de amistosa complicidad.

—¿Lo ha traído consigo? —pregunté.

En su siguiente visita me trajo un pequeño cofre de caoba con el oud-al-qamari más exquisito que he tenido la suerte de oler en mi vida. Con la ayuda del vendedor de café de la acera de enfrente, que nos dio unas ascuas de carbón, preparó un quemador de incienso con el que perfumó el aire que respirábamos. Los transeúntes se detenían en seco y entraban en la tienda para acercarse al perfume incandescente. El propio vendedor de café cruzó la calle y le dijo desde los escalones de la entrada:

—*Ma sha Alláh, ma sha Alláh*, qué maravilla, *Alláh karim*. ¿Puedo ofrecerle un café, Maulana?

No me hizo extensiva su gratitud porque, según él, le había arruinado la vida: como todo el mundo sabe, no se puede comer halva sin una taza de café en la mano, así que cuando dejé de vender dulces de pasta de sésamo fue como si le hubiese clavado un puñal por la espalda, según sus propias palabras. Como si lo hubiese

matado. Pero ahora también ese hombre entraba en la tienda y aspiraba el mismo aire perfumado que todos los demás. A mí me pareció atrapar la esencia de aquellos legendarios y recónditos lugares en la densa fragancia del incienso, pero solo porque Hussein había unido las dos cosas en mi imaginación con sus relatos, y porque yo me había rendido a ambas sin oponer resistencia.

Al final, claro está, dejé que Hussein se quedara con la mesa de ébano.

—Pero, dígame una cosa, ¿por qué le interesa tanto esta mesa? —le pregunté mientras negociábamos—. ¿Es para alguien muy especial? —añadí, sonriendo para darle ocasión de tomárselo a broma si así lo deseaba.

Él sonrió con gesto evasivo y una teatral caída de ojos, haciéndose de rogar.

—Es un asunto delicado —contestó.

Por entonces se decía, y yo no ignoraba esos rumores, que cortejaba al apuesto hijo de Rayab Shaabán Mahmud, el funcionario del Departamento de Obras Públicas en cuya casa se había alojado en un viaje anterior y al que seguía visitando. Contaré la historia como sigue, pese a que tal vez no sea el mejor de los relatos, porque ya no sé quién pueda estar escuchando. El caso es que, según las malas lenguas, Hussein cortejaba al apuesto hijo de Rayab Shaabán Mahmud, funcionario del Departamento de Obras Públicas. Era posible incluso que ya hubiese corrompido al espléndido joven, pero no lo imaginaba interesándose en lo más mínimo por la mesita de ébano. Me parecía más probable que el dinero contante y sonante o las telas de seda que, según se rumoreaba, le había ofrecido Hussein, acertaran a satisfacer la vanidad del efebo. Los jóvenes que viven inmersos en el torbellino de sus pasiones no saben apreciar la belleza de las cosas. Puede que la mesa fuera un regalo para el propio Rayab Shaabán Mahmud: un gesto de cortesía para hacerle saber que no por querer seducir al hijo dejaba de estimar al padre. Un soborno. O puede incluso que el astuto mercader persa estuviera jugando a algo más enrevesado todavía y en realidad ansiara conquistar a la bella esposa de Rayab Shaabán Mahmud, Asha, mientras simulaba ir tras el hijo. Asha era sin duda una mujer hermosa, y a mí me había parecido también cortés y respetable en las pocas ocasiones que hasta entonces había tenido de tratarla. Pero, en lo que concierne a Hussein, se rumoreaba que en el pasado había tenido un par de aventuras extraconyugales y que seguía dispuesta a tenerlas, según los afortunados que podían pronunciarse sobre tales asuntos. Deslindar la verdad en estos casos resulta complicado, y como tema de conversación son ciertamente mezquinos, pero también moneda corriente en las ciudades pequeñas, y sería hipócrita no mencionarlos. No obstante, hacerlo me genera incomodidad, y ahora me siento como un papanatas y un falso por poner el grito en el cielo. Por lo menos de entrada, es posible que el asunto no fuera más que un juego para Hussein, una manera de ocupar los largos meses de los musim una vez liquidadas sus mercancías y a la espera de que los vientos cambiaran de dirección. Nada de todo aquello era asunto mío, aunque en un lugar tan pequeño fuera imposible no enterarse.

Acordamos que me pagaría en metálico la mitad del precio acordado para la mesa y la otra mitad con un paquete de diez kilos de oud-al-qamari. Se mostró generoso, o bien se me daba mejor regatear de lo que creía. Como regalo, me ofreció también el cofre que Kelvin Edelman me birló y que contenía lo poco que quedaba del oudal-qamari que Hussein y su padre habían comprado en Bangkok el año antes de la guerra, el cofre que había llevado conmigo como único recuerdo de la vida que dejaba atrás, como único avituallamiento para mi otra vida.

Kevin Edelman, el bawwab de Europa, el centinela que, apostado ante la puerta, custodiaba los árboles frutales que crecían en el huerto familiar. Curiosamente, la misma puerta por la que habían salido las hordas que partieron a arrasarse el mundo y ante la que ahora nos postramos nosotros, suplicando que nos dejen entrar. «Refugiado. Solicitante de asilo. Compasión».

Pero la venta de la mesita de ébano no fue el último de mis tratos con Hussein. Aquel fue un mal año para los musim de regreso, que llegaron tarde y, al menos al principio, de un modo intermitente. En cualquier caso, Hussein se excedía en sus negocios, quizá por aburrimiento, quizá por picardía. Conforme lo fui conociendo mejor, llegué a entender que buena parte de lo que hacía respondía a su carácter juguetón y travieso, y cuando la travesura sembraba el caos y generaba rencor, su risa se teñía de un regocijo cruel. En esos momentos me parecía atisbar, bajo los gestos galantes y la risa contenida, cierta dureza o cinismo desacomplejados. No me costaba imaginarlo matando o infligiendo dolor a alguien si lo considerase necesario para proteger aquello que más preciaba, aunque al mismo tiempo no se me ocurría qué podría ser tan valioso como para llegar a tales extremos. El caso es que lo imaginaba haciendo tratos por puro hastío, para tener algo que hacer, mientras se deslizaba poco a poco hacia la ruina. No parece la mejor manera de hacer negocios, pero él era un persa que comerciaba con incienso y perfumes y que, con sus zalamerías y anécdotas, parecía flotar por encima de los enredos cotidianos que nos hacían tan corrientes al resto de los mortales. Quién sabe si, a la hora de tomar decisiones, era más importante para él hacer las cosas a lo grande que asegurarse un *curry* de cordero sobre la mesa cada día.

Pero había subestimado el precio de hacer las cosas a lo grande —que tampoco beneficia a los negocios— y me abordó para pedirme un préstamo considerable que, por suerte, estaba en condiciones de hacerle. Las cosas me habían ido bien, o lo que es lo mismo, mis clientes eran lo bastante incautos para pagar los precios que yo pedía y los carpinteros no habían tenido la ocurrencia de pedirme un aumento de salario, o simplemente había sabido aprovechar las oportunidades que se me presentaban con astucia y prudencia. Comoquiera que fuese, me complacía estar en condiciones de prestar a Hussein el dinero que necesitaba. En aquellos tiempos los préstamos eran frecuentes entre comerciantes, sobre todo los que venían del otro lado

del océano, aunque nadie soñaría siquiera con hacer algo así hoy en día, cuando todos andamos a la rebatiña por cuatro perras. «En aquellos tiempos...», ¡qué palabras tan tristes para un hombre de mi edad, y qué absurdas a la vista de todo lo que ha pasado! Entonces, alguien te pedía dinero en un lugar determinado, se iba a comerciar a otro lugar y finalmente le devolvía el préstamo a algún socio tuyo en otro lugar distinto. Este, a su vez, adquiría alguna mercancía que necesitaras y te la enviaba. De este modo, nadie salía perdiendo y el honor y la confianza prevalecían entre mercaderes, se acordaban contratos matrimoniales, las familias intimaban y los negocios prosperaban. De vez en cuando, si algo salía mal, había dramas e intrigas y la amenaza de un escándalo planeaba sobre la comunidad, pero el sentido del compromiso y la dignidad evitaban que se desatara el caos y, en el peor de los casos, se acudía a los eruditos en leyes o religión —que bien podían ser los mismos— para que ejercieran de árbitros. Pero es verdad que, ya en aquella época, tras unas pocas décadas de dominio británico, las cosas habían cambiado, y era más habitual consultar a un abogado gujaratí del bufete Shah y Shah o Patel e Hijos que acudir al cadí, pese a que el de entonces era un buen hombre y todo un caballero, nada que ver con los charlatanes que vinieron después.

De todos modos, yo era nuevo en el mundo de los negocios y no tenía ningún socio como el que he descrito, que se sintiera obligado a cuidar mi dinero como si fuera suyo. Esa clase de sociedades se construían a lo largo de toda una vida de trabajo, las relaciones entre socios se cultivaban y después se heredaban generación tras generación, préstamo tras préstamo, hasta volverse ineludibles y perpetuas. De modo que tuve que pedirle a Hussein una garantía del préstamo.

—Desde luego —dijo aliviado y sonriente, lo que me hizo preguntarme si no estaría en mayores dificultades de las que me había confiado—. Yo mismo cometí una vez, en Bombay, el error de no exigir una garantía. Me congratula decir que se trataba de una suma insignificante, pero jamás recuperé una sola rupia.

—¿Bombay? —le pregunté—. ¿Es que sus aventuras no tienen fin? ¿Qué hacía en la India?

—Me enviaron a estudiar allí: mi tía Zeynab, seguramente la recuerdas, le pidió a mi padre que me mandara a vivir con ella para que pudiera ir a la escuela —respondió Hussein, arqueando las cejas y sonriendo con sorna al evocar el carácter severo de su tía—. Aprendí mucho en Bombay, una ciudad llena de injusticias. También aprendí la lengua de nuestros conquistadores, que Dios los proteja.

Hice caso omiso de esta última observación, tomándola por otra de sus provocativas ironías. El caso es que Hussein había traído consigo un documento sorprendente con la intención de ofrecérmelo como garantía. Ese documento, una declaración jurada ante el cadí, demostraba que el año anterior el propio Hussein le había hecho un préstamo a Rayab Shaabán Mahmud, a la sazón su casero, por la misma suma que ahora deseaba pedirme prestada. Según la declaración, Mahmud se

comprometía a devolverle el dinero transcurridos doce meses, y ofrecía como aval nada menos que la casa familiar con todo lo que contenía.

—¿Y por qué no le reclama ese dinero, en vez de pedirlo prestado? —le pregunté, aunque suponía la respuesta.

Rayab Shaabán Mahmud, el funcionario del Departamento de Obras Públicas, tenía debilidad por la bebida prohibida, el brebaje del demonio, y, según evidenciaba el documento, era un tonto de capirote. Había heredado la casa de su tía Bi Sara el año anterior y apenas si tenía algo más a su nombre. ¿Por qué ofrecer como aval el techo mismo que lo resguardaba? Como casa no era gran cosa, pero bastaba para mantener la vergüenza a raya y dar cobijo a sus seres queridos. ¿De dónde iba a sacar el dinero para devolver el préstamo? Cabía pensar que Hussein lo sabía desde el principio y le había prestado el dinero para ponerlo entre la espada y la pared por algún motivo. Y, si había algo de cierto en los rumores sobre su afán de seducir al hijo de Mahmud, ese motivo solo podía ser la satisfacción de lo que empezaba a intuirse como un pérfido y lúdico deseo.

—No voy a exigir que me pague —repuso Hussein, sin duda adivinando mis pensamientos—. Si está usted de acuerdo, mi intención sería poner ese documento a su nombre, para que lo guarde como garantía hasta mi regreso el año que viene. Entonces le devolveré el dinero y usted me devolverá el documento.

Ojalá hubiera rechazado el plan porque, después del descalabro que Hussein provocó en el hogar de Rayab Shaabán Mahmud al final de aquel musim, me dio la impresión de que no volvería jamás. Pero ¡qué sabía yo de lo que era capaz un insensato y orgulloso mercader persa, qué yins y demonios tenía por compañeros de juegos, qué deshonras y vejaciones podía soportar sin sentir bochorno! Durante los ocho meses aproximados que faltaban para el siguiente musim, sopesé las alternativas y esperé. Pero, por supuesto, Hussein no volvió. Envió a través de otro mercader una carta con saludos y disculpas, otros negocios lo retenían, «Dios bendiga todas sus empresas hasta que volvamos a vernos, algo que, *in sha Alláh*, ocurrirá el año que viene». También me hizo llegar un regalo: un mapa, o más precisamente una carta de navegación del sudeste asiático. Había pertenecido a su abuelo, Yaafar Musa, y no parecía muy usada, decía. La había encontrado entre los papeles de su padre y había pensado que tal vez me gustaría tenerla. El regalo me hizo sonreír: Hussein recordaba cuánto me gustaban los mapas, y ese era maravilloso. El dinero bien podía esperar hasta el año siguiente, y aún tenía el aval de la casa. «El negocio marcha bien, *alhamdulillah*», decía para mis adentros, pero sin lograr disipar del todo la angustia que me generaba todo aquel asunto.

\* \* \*

Suelo hablarles a los mapas, y a veces hasta me contestan. Es menos extraño de lo que parece, y tampoco soy el primero en hacerlo. Antes de que hubiera mapas el mundo no tenía límites, fueron ellos los que lo moldearon y le dieron el aspecto de un

territorio, de algo que se podía no solo arrasar y saquear, sino también poseer. Los mapas volvieron alcanzables, y hasta domesticables, lugares que se hallaban en el límite de lo imaginable, y luego, cuando se hizo necesario, la geografía se transformó en biología para construir un orden jerárquico en el que situar a quienes vivían, aislados y primitivos, en otros lugares del mapa.

El primer mapa que contemplé —aunque debo de haber visto otros antes sin saber lo que eran— fue uno que el maestro nos enseñó cuando teníamos siete años. Esa era mi edad, al menos, aunque no sabría precisar la de todos los chicos que compartieron esa experiencia conmigo. Cercana a la mía, en todo caso. Por algún motivo que se me escapa, había que tener menos de cierta edad para poder ir a la escuela. Nunca antes lo había pensado, y solo ahora caigo en lo insólito de esa condición: si tenías más años de la cuenta, era como si ya no pudieras recibir las enseñanzas de la escuela, como un coco que ha madurado hasta el punto de volverse imbebible, o unos clavos de olor que, por haberlos dejado demasiado tiempo en el árbol, se han hinchado hasta convertirse en semillas. La verdad es que, por más vueltas que le doy, no se me ocurre una explicación convincente para tan despiadada exclusión. Los británicos trajeron consigo la escolarización y las normas por las que esta se regía. Si las normas decían que debías tener seis años —y no más de seis años— para empezar a ir a clase, no había vuelta de hoja. Si las escuelas no siempre se salían con la suya era porque los padres rebajaban los años que hicieran falta a sus hijos con tal de que los aceptaran. ¿Partida de nacimiento? Eran gentes humildes e ignorantes que nunca se habían molestado en solicitarla. Por eso querían que sus hijos fueran a la escuela, para que no acabaran embrutecidos como ellos.

Durante generaciones habíamos ido a la chuoni, donde aprendíamos el alif-ba-ta para poder leer el Corán y escuchar el relato de los hechos milagrosos vividos por el Profeta a lo largo de su existencia, *salla Allâhu alayhy wa sallam*. Y siempre que había algo de tiempo libre o hacía demasiado calor para concentrarse en las letras hábilmente ensortijadas que llenaban la página, escuchábamos la descripción de las espeluznantes torturas que algunos de nosotros encontraríamos al morir. En la chuoni nadie se preocupaba por la edad: empezabas más o menos en cuanto habías aprendido a ir solito al baño y te quedabas hasta que eras capaz de leer el Corán de cabo a rabo, o hasta que reunías el valor suficiente para escaparte, o hasta que los maestros se hartaban de ti o tus padres se negaban a pagar los míseros honorarios del maestro. Alrededor de los trece la mayoría había abandonado ya los estudios. En la escuela, en cambio, empezabas a los seis y progresabas lo mejor que podías, año tras año, junto con los de tu quinta. Siempre había rezagados, uno o dos en cada clase, que repetían curso y arrastraban esa vergüenza a lo largo de toda su vida académica, pero el resto, como he dicho, éramos de la misma edad... según los papeles. En realidad, era imposible saber cuántos años tenían nuestros compañeros de clase. El caso es que íbamos creciendo, y a algunos les salía bigote a una edad temprana, mientras que otros desaparecían varios días seguidos y volvían con los ojos iluminados por algún

descubrimiento secreto, entre rumores de matrimonios celebrados discretamente en las zonas rurales. Entonces solíamos casarnos pronto. Ignoro qué pasaba en las escuelas de niñas, aunque me habría gustado saberlo. A lo mejor dejaban de acudir a clase de un día para otro y todos daban por sentado que se habían casado. O, mejor dicho, que las habían casado. Intento imaginar cómo se sentirían: me imagino mujer, considerada débil sin justificación alguna, porque era injustificable; me imagino derrotada.

Pero estaba hablando del primer mapa que contemplé en mi vida. Tenía siete años cuando el maestro nos lo enseñó, aunque no pueda precisar la edad de mis compañeros de clase. El siete es un número propicio y yo llevo aquí siete meses... pero no es eso lo que me ha llevado a decir que tenía siete años cuando vi un mapa por primera vez; sé que tenía siete años porque estaba en segundo curso y había empezado la escuela a los seis años, en cumplimiento de las rígidas normas del Imperio británico, que no me dejará mentir.

El maestro introdujo el tema con gran dramatismo. Cogió un huevo de gallina entre el pulgar y el índice, y sosteniéndolo en alto preguntó:

—¿Alguno de vosotros sabe cómo hacer que este huevo se tenga en pie?

Así nos presentó a Cristóbal Colón. Fue un momento maravilloso, irrepetible, como si de pronto también yo me hubiese topado con un inesperado e inimaginable continente. Y ese era tan solo el principio de su relato. Conforme lo iba contando, dibujaba en la pizarra un mapa: la costa noroeste de Europa, la península ibérica, el sur de Europa, el país de Sham, Siria y Palestina, la costa septentrional de África, que sobresalía para luego ahuecarse y alargarse hacia abajo hasta el cabo de Buena Esperanza. Mientras deslizaba la tiza blanca sobre la pizarra, el maestro nos iba hablando de aquellos lugares, algunos con profusión de detalles, otros solo de pasada. Al norte del delta del Ruvuma —vértice de nuestra franja costera—, aquella línea ascendía sinuosamente hasta el Cuerno de África, donde la costa del mar Rojo se alargaba hasta Suez, y luego perfilaba la península arábiga, el golfo Pérsico, la India y la península de Malaca hasta llegar a China. En ese momento, después de haber dibujado la mitad del mundo conocido con un trazo continuo usando aquel trocito de tiza, el maestro se detuvo y sonrió. Luego dibujó un punto a medio camino de la costa occidental africana y dijo:

—Aquí es donde estamos nosotros, muy lejos de China. —A continuación dibujó otro punto al norte del Mediterráneo y añadió—: Aquí es donde estaba Colón, que pretendía llegar a China, pero navegando en dirección contraria a la ruta conocida.

No recuerdo gran cosa de lo que nos contó sobre las aventuras del avaricioso navegante —demasiadas historias han ido a sedimentarse sobre aquel inocente momento—, pero sí que se hizo a la mar el mismo año de la caída de Granada y la expulsión de los musulmanes de al-Ándalus. También estos nombres eran nuevos para mí, al igual que muchos otros que mencionó entonces, pero él los pronunció con tal reverencia y añoranza —Granada, al-Ándalus— que nunca he olvidado ese

momento. Ahora mismo me parece estar viendo a ese hombre achaparrado que vestía la tradicional túnica blanca o kanzu bajo una descolorida chaqueta marrón e iba tocado con una kufiyya. Pese a tener la cara marcada por la viruela, derrochaba paciencia y tolerancia, y recuerdo la habilidad con la que creó para nosotros una imagen del mundo: mi primer mapa.

¿Y el huevo? He aquí la historia. Los marineros de Colón nunca habían navegado por el Atlántico hacia poniente, ni ellos ni nadie. Hasta donde se sabía, el océano se acababa de repente, las aguas se precipitaban a un inmenso abismo y, tras recorrer cavernas y desfiladeros subterráneos, iban a dar a una laguna sin fondo infestada de monstruos y demonios. Además, la travesía era larga y difícil, el océano un páramo sin fin, y el vigía, por buena que fuera su vista, no atisbaba ni rastro de Catay. La tripulación se quejaba —«¡Queremos volver a casa!»— y amenazaba con amotinarse. Al final, Colón se encaró con sus hombres. Cogiendo un huevo de gallina entre el pulgar y el índice, lo sostuvo en alto y preguntó: «¿Alguno de vosotros sabe cómo hacer que este huevo se tenga en pie?» Como era de esperar, nadie lo consiguió: eran simples marineros condenados a hacer de supersticiosos figurantes en ese gran drama, a refunfuñar y planear rebeliones inverosímiles. Colón cascó suavemente el huevo —el maestro hizo lo mismo con el suyo— y lo puso en pie sobre la baranda del alcázar. Ya no recuerdo si la moraleja consistía en que si quieres comer un huevo primero tienes que cascarlo y, por tanto, si quieres llegar a Catay tienes que soportar incontables penalidades, o si solo se trataba de demostrar a los marineros que Colón era mucho más listo que ellos, y por tanto sabía mejor lo que se hacía; el caso es que los hombres abandonaron de inmediato la idea del motín y siguieron navegando en pos del Gran Kan, como habría hecho yo cuando tenía siete años. El maestro dejó el huevo duro con cuidado sobre el escritorio para comérselo más tarde.

Aquel hombre nunca volvió a darnos clase, aunque estaba en plantilla en la escuela. Esa mañana había ido a sustituir a nuestro maestro habitual, que se había ausentado. Al terminar la lección, salimos en tropel para volver a nuestra aula, y cuando más tarde me asomé para ver el mundo que nos había enseñado ya habían borrado el mapa de la pizarra.

Hussein no sabía nada de todo esto, ni que los mapas habían empezado a hablarme a raíz de aquella experiencia, pero sabía cuánto me gustaba contemplarlos y coleccionarlos, así que me mandó la antigua carta de navegación de su abuelo para apaciguarme porque me debía dinero. Me reí de puro regocijo al recibir su regalo, pero estaba casi seguro de que no volvería a verlo. ¿Por qué iba a venir a vendernos trocitos de madera de sándalo y agua de rosas pudiendo sentar sus reales en Rangún, Shiraz y otros lugares remotos del ancho mundo, lugares a los que era difícil llegar y, precisamente por eso, de una belleza incomparable?

No ha venido. A veces no lo hace aunque haya dicho que lo haría. Viene a verme cuando le da la gana, o eso parece, aunque no siempre es como yo preferiría que fueran las cosas. «Pues póngase un teléfono», me dice, pero prefiero no hacerlo; nunca he tenido teléfono y me niego a cargar ahora con uno. Cuando sí viene, da a entender que su día a día es una agitada danza entre obligaciones que acaba dejando inconclusas. El ajeteo le sienta bien: la hace resplandecer de desbordante energía mientras trajina entre tareas postergadas y da a sus ojos una profundidad esquiva, como si ocultaran el punto donde convergen, un rincón o un instante que es su verdadero foco; no aquí ni ahora: la vida de verdad transcurre en otra parte. Se llama Rachel, me lo dijo el día que la conocí, cuando fue a verme al centro de detención.

—Soy la consejera legal de la organización de ayuda a los refugiados que se ha hecho cargo de su caso. Me llamo Rachel Howard —se presentó, sonriente, y me tendió la mano—. Encantada de conocerlo.

Yo me llamo Rayab Shaabán. No es mi verdadero nombre, sino el que tomé prestado para este viaje de salvación: pertenecía a un hombre al que traté durante mucho tiempo. Shaabán es también el nombre del octavo mes del año: el mes de la división, cuando se determina la suerte de los doce meses siguientes y se absuelven los pecados de los sinceramente arrepentidos. Precede al mes del Ramadán, el de los grandes calores, el del ayuno. Y Rayab precede a los dos anteriores: es el séptimo mes, el mes venerado. En Rayab ocurrió el Mi'râj, cuando el Profeta fue llevado a través de los siete cielos a la presencia de Dios. ¡Cómo nos gustaba esa historia de pequeños! La noche del 27 de Rayab el Profeta dormía; entonces, el arcángel Gabriel lo despertó y lo hizo montar a lomos de Buraq, la bestia alada que lo llevó a al-Quds o Jerusalén. Allí, en las ruinas del monte del Templo, rezó junto a Abraham, Moisés y Jesús para luego ascender con ellos al Azufaifo del límite, el Sidrat al-muntahá, lo más cerca que nadie puede estar del Todopoderoso, donde recibió el mandamiento divino de que los musulmanes rezaran cincuenta veces al día. En el viaje de regreso, Moisés le aconsejó volver y regatear; llevaba bastante más tiempo en el ajo que el Profeta y creía que Dios se avendría a rebajar un poco esa cifra. Y así fue: el Todopoderoso acabó dejándola en cinco rezos diarios. Llegados a este punto del relato se oía un gran suspiro de alivio entre los congregados; ¡imagínad lo que supondría rezar cincuenta veces en un solo día! Zanjada la cuestión, el Profeta descendió de nuevo hasta al-Quds y, a lomos de Buraq, voló de vuelta a La Meca antes de que saliera el sol. Allí tuvo que enfrentarse a las inevitables quejas y dudas de los ignorantes, los yahils, de la ciudad, pero para los creyentes el milagro del Mi'râj es un motivo de júbilo y celebración. El mes de Rayab precedía al de Shaabán, que a su vez precedía al Ramadán: tres meses sagrados. Aunque Dios solo había ordenado que ayunáramos en Ramadán, los más piadosos lo hacían durante los tres meses. El caso es que los padres de mi tocayo le gastaron una broma pesada poniéndole Rayab cuando el nombre de su padre era Shaabán: era como llamarte Julio cuando tu padre se apellida Agosto. Sin duda se echarían unas buenas risas,

pero él pagó cara la broma, como me habría pasado a mí si ese fuera de veras mi nombre.

No le conté nada de todo esto a Rachel Howard cuando vino a verme al centro de detención. De hecho, no abrí la boca. Llamarlo «centro de detención» es cargar un poco las tintas: no había puertas con cerrojo, ni guardias armados, ni un solo uniforme a la vista. Era una especie de campamento levantado en la campiña y lo dirigía una empresa privada. Consistía en tres grandes estructuras semejantes a barracones o almacenes donde nos ofrecían alojamiento y comida. Hacía frío. Fuera, el viento bramaba y aullaba, con ráfagas que a ratos parecían capaces de arrancar aquellas estructuras de cuajo y arrojarlas lejos. Yo tenía la impresión de que se me helaba la sangre en las venas, convertida en afiladas esquirlas de cristal que se me clavaban por dentro. A la que paraba de moverme, me notaba los brazos y las piernas entumecidos. Dormíamos en dos de aquellas construcciones, doce personas en una y diez en la otra, en habitáculos separados por tablonces, pero sin puertas. En cada módulo había un váter, una ducha y un grifo aparte con un letrerito que rezaba: AGUA POTABLE, lo que me hacía preguntarme si debía usar la ducha con cautela, por si el agua no era buena. La comida, que un camión entregaba en grandes contenedores metálicos, se servía en el tercer módulo. El encargado era un inglés de mediana edad, de aspecto ajado y taciturno, un espécimen con el que no me había encontrado aún en mis viajes, pero que desde entonces he visto a menudo. La verdad es que me sorprendió el aspecto de muchas de las personas a las que conocí durante aquellos primeros meses: apenas guardaban parecido alguno con la variedad altiva y severa que recordaba de mi pasado. Nuestro hombre se llamaba Harold y servía la comida igual de bien que limpiaba las duchas y los váteres: a su manera, por así decirlo. Otro hombre ocupaba el despacho de una pequeña construcción donde estaban el teléfono público, un dispensario y un consultorio. Por lo general se iba a su casa por las noches, en tanto que Harold dormía en el módulo-comedor y parecía rondar por allí a todas horas. Había otro hombre más que sustituía a Harold durante un par de noches, pero mientras estuve allí solo vino una vez y se mantuvo alejado, haciendo lo posible por evitarnos. Harold era objeto de interminables burlas por parte de los detenidos, a los que ignoraba con ademán sombrío, cumpliendo sus tareas en silencio como si fuera tachando mentalmente una lista que llevara en la cabeza. Debió de ver pasar por allí a muchos como nosotros, mientras que él era el primer inglés al que veíamos tan de cerca.

Las construcciones donde nos alojábamos bien podrían haber servido para almacenar sacos de cereales, cemento o cualquier otra mercancía valiosa que hubiera que conservar en un lugar seguro y al abrigo de la lluvia. Ahora servían para contenernos a nosotros, una molestia fortuita y sin valor alguno que había que mantener a raya. El hombre del despacho nos quitó el dinero y los papeles y nos dijo que, si necesitábamos hacer ejercicio, podíamos dar un paseo por el campo, siempre que no nos alejáramos demasiado del centro, para no perdernos.

—Si os perdéis, nadie irá a buscaros —nos advirtió—. De noche hace frío y muchos de vosotros no estáis acostumbrados a las bajas temperaturas.

El frío iría a más, lo supe desde el primer momento. Napoleón no emprendió la retirada de Moscú hasta febrero o marzo, y para entonces todo estaba helado: el general Invierno encabezaba la ofensiva rusa. Yo llegué en noviembre, tres meses antes de febrero, y ya hacía un frío insostenible, pese a que lo peor del invierno estaba aún por llegar. Iría a más, sin duda.

Contándome a mí, había veintidós hombres internados en el centro. En mi módulo éramos cuatro argelinos, tres etíopes, dos hermanos iraníes que apenas habían dejado atrás la adolescencia —dormían en una misma cama y se abrazaban entre sollozos y susurros hasta quedarse dormidos—, un sudanés y un angoleño que era el motor y la alegría del grupo, siempre repartiendo consejos, contando chistes, hablando de política y organizando chanchullos, todo ello con la autoridad moral que le daba la causa de UNITA en la guerra civil angoleña. «Aquí no veréis a un solo nigeriano», nos dijo. Hay demasiados pidiendo asilo y siempre la están liando, así que los tienen encerrados bajo siete llaves en un viejo castillo del norte, donde hace un frío polar y no vive apenas nadie. La verdad es que hay demasiados en el mundo, y punto. El angoleño se llamaba Alfonso y les tenía una profunda inquina a los nigerianos cuyos motivos nunca llegó a explicarnos, pero que al parecer servía para llenar sus días. Llevaba varias semanas en el centro, o en los «barracones», como prefería llamarlos. Se negaba a que lo trasladaran aduciendo que necesitaba el aislamiento y el aire campestre para terminar el libro que estaba escribiendo. Si empezaba a mezclarse con los ingleses en las calles y a pasar las noches en sus pubs viendo el fútbol por la tele, acabaría perdiendo el hilo de sus recuerdos y nada de lo que había hecho tendría sentido. Prefería seguir en los barracones con sus hermanos de desarraigo, muchas gracias. Los ocupantes del otro módulo eran todos del sur de Asia, de la India y Sri Lanka, y quizá también de otros lugares, no lo sé, pero de origen indio. Hacían su vida aparte, se sentaban juntos durante las comidas y parecían hablar una misma lengua que les permitía comunicarse entre sí pero que resultaba incomprensible para los demás.

Fue en el módulo pequeño, donde estaban el dispensario, un despacho y una especie de consultorio, donde me reuní por primera vez con Rachel Howard.

—Tengo entendido que no habla usted inglés —dijo consultando sus papeles y sonriéndome con bienintencionado énfasis, como si me conminara encarecidamente a entenderla pese a mi aparente desconocimiento de su lengua.

Hacía poco que había llegado y no estaba dispuesto a que me interrogaran, me inscribieran en algún registro y tal vez me trasladaran a otro sitio. Llevaba solo dos días en el campo y me gustaba estar allí, aunque a veces perdiera la sensibilidad en las piernas por culpa del frío. Me gustaba el verde mullido de la campiña, que parecía dotada de cierta elasticidad; me gustaba el fragor sordo, roto ocasionalmente por algún estrépito, que flotaba en el aire húmedo y que al principio me causaba

aprensión porque lo tomaba por el lejano oleaje; hasta mucho después no comprendí que debía ser el murmullo del tráfico que circulaba por una importante carretera cercana. Me sentía a gusto con Alfonso y su anárquica vitalidad; con los etíopes y sus frágiles silencios, que parecían custodiar algún acuerdo secreto; con los argelinos y sus afectadas zalamerías, siempre burlándose unos de otros, siempre cuchicheando entre sí; con el único sudanés del grupo, serio y cohibido, y con los dos muchachos iraníes sumidos en sus fértiles desdichas. Aún no me sentía listo para ser rescatado de entre esas vidas apenas vislumbradas.

Los demás se apartaban para hacerme sitio. Me llamaban shebe, agha, abuelo, señor. «¿Qué lo trae aquí, tan lejos de Dios y de sus seres queridos, ya habibí? ¿No sabe que el clima húmedo y el frío pueden perjudicar a alguien con huesos tan viejos y frágiles como los suyos?» Al menos eso suponía que me decían porque, aparte de Alfonso, ninguno hablaba inglés, y a él no parecía importarle quién pudiera escucharlo o entenderlo: se expresaba con muchos aspavientos y hacía el payaso como si le diera igual lo que a veces me parecía la risa cruel de los demás, sobre todo de los desdeñosos argelinos. Sospecho que se creían más nobles que ese negro locuaz con tanto desparpajo. Pero Alfonso seguía con su cháchara, impertérrito, como si nada pudiera herirlo ni molestarlo, como si no tuviera control alguno sobre los malvados diablillos que lo hacían parlotear sin cesar.

Yo, por otro lado, seguía sin saber a ciencia cierta por qué el hombre que me vendió el billete me había aconsejado que no hablara inglés, ni cuándo me convendría reconocer que lo hablaba, y tampoco podía saber si mis compañeros del centro de detención seguían una estrategia similar a la mía, ni si ellos sí conocían los motivos detrás de ese ardid o simplemente acataban el consejo de otro astuto vendedor de billetes. Tal vez temieran que el único y temerario angloparlante que había entre nosotros fuera una especie de informante —cosa que también a mí se me pasó por la cabeza—, por lo que habían decidido no levantar la liebre hasta que hubiese pasado el peligro. Todos habíamos huido de países cuyos gobiernos exigían una total sumisión y un miedo cerval que solo podían conseguir a fuerza de flagelaciones diarias y decapitaciones públicas, de modo que los funcionarios, la policía, el ejército y, en general, todo el aparato de seguridad del Estado cometían a diario mezquinos actos de crueldad para alertar a los ciudadanos sobre los peligros de una imprudente insurrección. ¿Cómo iba yo a saber qué clase de infracción podría soliviantar a los guardianes del centro? No quería que me pillaran por falta de astucia, ni verme trasladado a un viejo castillo del helado norte del país, ni mucho menos encontrarme de pronto en un avión haciendo el viaje de vuelta. Estaba claro que era demasiado pronto para revelar la impostura, aunque me habría gustado ver cómo se borraba la fervorosa y atractiva sonrisa de Rachel Howard, convertida en desconcierto. Negué con la cabeza y me encogí de hombros despacio, cuidando de no parecer grosero, al tiempo que sonreía como un desvalido refugiado.

Rachel Howard lucía una melena de rizos negros deliberadamente despeinada y salvaje que le daba un aire despreocupado y juvenil al tiempo que subrayaba sus rasgos morenos y le daba un aspecto ligeramente exótico, algo sin duda intencionado. Frunció el entrecejo y miró los papeles, inclinada hacia delante mientras yo seguía sentado en silencio frente a ella. Luego, cuando levantó la vista y me sonrió, di por sentado que todo quedaría en suspenso hasta que volviera con un intérprete. Rachel Howard asintió vigorosamente para tranquilizarme y luego se apartó el pelo de la cara con ambas manos.

—¿Y ahora qué? —preguntó sin dejar de sujetarse el pelo, mirándome a los ojos. No habría sabido decir si estaba familiarizada con la treta de fingir no hablar inglés y trataba de hacérmelo saber o si la picardía que creí entrever en su rostro reflejaba el gusto por las tramas que se van complicando. Se levantó, se apartó de la mesa y se volvió para mirarme. Entonces comprendí que antes no me miraba a mí, sino para sus adentros, que sopesaba los medios a su disposición. No era alta ni corpulenta, pero sus movimientos destilaban una seguridad que sugería fuerza física y tenía los hombros musculosos de una nadadora habitual—. Habrá que trasladarlo a algún lugar donde pueda recibir clases de inglés, o cuando menos sacarlo del centro de detención. Verá, dada su edad, no creo que resulte demasiado difícil. Eso es lo primero que debemos hacer: conseguir que lo pongan bajo tutela de las autoridades locales.

Frunció el ceño y recuperó su ensimismamiento, quizá porque no sabía cuál era el próximo paso, o era incapaz de verbalizar sus planes o simplemente quería hacerme sentir que se preocupaba por mí y que sabía hacer su trabajo. El caso es que seguía sin verme, que miraba al infinito. Supuse que tendría la misma edad que mi hija: treinta y pocos, la edad que habría tenido mi hija. Me parece absurdo llamarla mía. Apenas vivió, se murió. Rachel Howard volvió a la mesa y se sentó frente a mí. Le sostuve la mirada para hacerle saber que seguía allí, algo que no pareció perturbarla lo más mínimo, porque se quedó observándome en silencio, como midiéndome. Luego alargó la mano y la apoyó sobre mi brazo.

—Sesenta y cinco: una bonita edad para escaparse de casa —dijo sonriendo—. ¿En qué estaría usted pensando?

Me gustó que me hiciera pensar en mi hija y que ese recuerdo no viniera acompañado de una punzada de culpa o pena, sino que supusiera una pequeña alegría en medio de tantas cosas exóticas y extrañas. Ra'iyya, así le puse, una ciudadana de pleno derecho, una mujer de a pie. Su madre pensó que ese nombre era una provocación y que cuando creciera le daría vergüenza, así que la llamaba Ruqayya, como la hija que el Profeta tuvo con Jadiya, su primera mujer y benefactora. Pero apenas vivió, se murió. Rahmatuláh alayhi.

—Habrá que intentar buscar un intérprete —dijo Rachel Howard, asintiendo con gesto alentador porque yo había pronunciado estas últimas palabras en voz alta, rogando a Dios que se apiadara del alma de mi hija, aunque fueron Él y sus ángeles quienes se la llevaron antes de que pudiera convertirse en una ciudadana. Y después

se llevaron también a la madre, que Dios se apiade de su alma, sin que yo estuviera presente ni me enterara siquiera—. ¿Seguro que no entiende absolutamente nada? Da igual, lo mandaremos a clases de inglés en cuanto podamos sacarlo de aquí. Creo que es difícil aprender una nueva lengua a partir de cierta edad —aventuró, y volvió a sonreír al pensar en mi edad—, pero da igual, lo primero es sacarlo de aquí. Ya verá cómo le gusta el lugar al que vamos: es una pequeña ciudad a orillas del mar. Saldremos hacia allí dentro de unos días. Le buscaremos un *bed and breakfast*, lo daremos de alta en la Seguridad Social y todo eso, y luego buscaremos a un intérprete. ¿Tiene usted amigos o parientes? Espero y deseo que sí. Bastante duro es esto, ¡pero encima a su edad...!

Una pequeña ciudad a orillas del mar. «Sí, eso me gustará», pensé. «Dentro de unos días».

\* \* \*

Primero me llevaron a un *bed and breakfast*, Rachel y un hombre llamado Jeff, que conducía el coche en el que vinieron a recogerme. Él era mucho más joven que ella, alto, grandullón, con el pelo rojizo y un tono de voz exageradamente formal. Lo imaginé riendo a carcajadas y comiendo con ganas cuando no se sentía obligado a representar un papel. Me senté en el asiento trasero y dejé a mi lado la bolsa de lona verde que Kevin Edelman había estado hurgando, y en la que ahora faltaba el cofre de oud-al-qamari que me había robado, pero que a cambio contenía una toalla del centro de detención que Alfonso había metido allí en el último momento.

—Tú siempre limpio —me dijo. Los ojos le brillaban con una especie de desamparo—. ¿Me oyes, Baba? Pase lo que pase, tú siempre limpio.

Yo iba nervioso por la toalla; temía que alguien me registrara en el centro de detención antes de marcharme. Había visto golpear brutalmente a otros por hurtar cosas mucho más insignificantes: una pastilla de jabón o una botella vacía de Coca-Cola. No en el centro, sino allá, en mi vida de antes, mi vida pasada. Pero nadie registró mi bolsa. El hombre de la oficina me escoltó hasta el coche y esperó pacientemente mientras yo estrechaba manos e intercambiaba sonrisas con los demás. «Ma'asalama», me decían, «vaya usted con Dios». «Kwaheri», les contestaba yo, «que el porvenir os sea favorable». Rachel y Jeff estaban eufóricos con mi liberación; hablaban entre ellos de las normas y leyes que habían sabido sortear, mentando a los funcionarios y al ministro cuyos cínicos y oportunistas dictados habían burlado con su ingenio. Comparaban mi flamante liberación con otros casos cuya resolución aún estaba pendiente. Puede que nadie les hubiese hablado de la postura oficial del gobierno británico, según la cual yo corría peligro de muerte a manos de mi propio gobierno, o tal vez no creían que eso bastara para que aceptaran mi solicitud, o quizá, pese al gesto de indignada superioridad moral que suponía conceder asilo a los exiliados procedentes de mi país, alguien había empezado a contabilizar lo que suponía acoger en el Reino Unido a un hombre de mi edad: demasiado viejo para

trabajar en un hospital, demasiado viejo para engendrar a una futura estrella de la selección inglesa de críquet, demasiado viejo para todo salvo para darse de alta en la Seguridad Social, conseguir un piso de protección oficial y asegurarse una cremación subvencionada por el Estado. Pero lo habían conseguido: habían logrado que me dejaran quedarme y, mientras iba sentado en el coche, me sentí mezquino por burlarme de su entusiasta autocomplacencia y lamenté tener que seguir fingiendo que no los entendía y no poder decirles lo mucho que se lo agradecía.

El *bed and breakfast* era una casa vieja y oscura situada en una calle tranquila que desembocaba en una vía muy transitada. La mujer que lo regentaba se llamaba Celia («Celia ha aceptado acogerlo... Seguramente llegaremos a tiempo para que nos invite a tomar un té de los suyos». «No, gracias». «Mira que es rara, ¿verdad? Pero tiene un gran corazón.») y, cuando nos plantamos frente a la puerta abierta y llamamos al timbre, la tal Celia nos indicó a voz en cuello que pasáramos y subiéramos a la planta de arriba. El vestíbulo era pequeño y lúgubre, y el suelo estaba cubierto por una alfombra que en tiempos había sido roja, según se deducía por las hilachas que asomaban aquí y allá entre la raída trama gris. La escalera daba un giro brusco a la derecha pasado el primer tramo y luego otro más hacia el mismo lado: una buena posición defensiva. El intruso, que muy probablemente sería diestro, no tendría espacio para blandir un arma y quedaría a merced de una porra bien dirigida, un cubo de aceite hirviendo o lo que fuera. Celia estaba en la sala de estar, leyendo una revista frente al televisor enmudecido. Lo primero que me llamó la atención fue aquel olor, nuevo y familiar a un tiempo, que solo ahora, con la experiencia, me siento capaz de describir. Entonces me hizo pensar en mierda fresca de gallina en un espacio mal ventilado, como esas casas en las que la gente permitía que las aves de corral se posaran en el hueco de la escalera o el antepecho de las ventanas; casas similares a la de Celia, con escaleras que se replegaban de pronto en una u otra dirección; siendo un niño, más de una gallina me había dado un susto de muerte cloqueando enfurecida porque la había molestado subiendo la escalera a tientas en medio de la oscuridad. Ahora sé que no olía a mierda de gallina, sino a viejas habitaciones cerradas y polvorientas; a tapicerías que han absorbido desechos fluidos durante décadas; a alfombras desteñidas y gastadas que atrapan marañas de pelo humano y animal, migajas y semillas; a viejas chimeneas y a hollín; al rancio miasma que despide la ropa amontonada o metida en bolsas y abandonada en los rincones de una habitación. En uno de los extremos de la sala de estar había tres jaulas de pájaro con soportes de latón cuyos ocupantes parecían más o menos vivos, cuando menos a juzgar por los restos de comida desparramados a su alrededor.

Celia era una mujer alta y fornida, de pelo largo y fino que teñía con henna. Se puso de pie en cuanto entramos y nos hizo pasar con enérgica hospitalidad.

—Sentaos, sentaos, ¿os apetece un té? —preguntó con una voz que sonaba estentórea e intimidante pese al tono risueño—. Qué frío hace en la calle, ¿verdad? Queda un poco de té en la tetera, acercaos al fuego, en esa mesa hay tazas. Sentaos.

Hola, encantada de recibirlo. Le presento a Michael o Mick. Saluda a nuestro nuevo huésped, Mick. —Señaló a un hombre que parecía mayor que ella; rondaría los setenta y pico años y estaba sentado al otro lado de la mesa. Me miró amablemente y luego volvió a clavar los ojos en sus propias manos. Como no tardaría en descubrir, Mick hacía poco más que mirarse las manos y sonreír amablemente a todo el mundo. Si así se lo decían, veía la tele, se tomaba el té o incluso comentaba escuetamente algún asunto en el que lo invitaran a opinar con un «sí», «no» o «de maravilla» para luego retirarse a la cama que compartía con Celia—. Este de aquí es Ibrahim y ese, Georgy —añadió Celia, señalando a dos jóvenes sentados a una gran mesa al fondo de la habitación. Ibrahim llevaba una camisa con estampado marmolado verde y azul sobre una camiseta negra; Georgy, el más moreno de los dos, lucía una chaqueta marrón de cuero con cremallera. Ambos me saludaron con la mano y reconocí en sus ojos algo que no había visto en los de Celia ni en los de Mick: cautela, cierta arrogancia, un atisbo de malicia. Supe, sin que nadie me lo advirtiera, que ellos tampoco eran de allí. Saludaron a Rachel y a Jeff por sus nombres y los obsequiaron con grandes sonrisas descaradas, dispuestos a intercambiar con ellos unas pocas bromas, si estaban de humor. Yo me noté receloso, o quizá algo peor. Me parecieron dos jóvenes oportunistas, avariciosos, demasiado obvios en sus apetitos, desesperados, tal vez despiadados; quién sabe, pero me inspiraban recelo. Esos bigotes tan bien recortados...

—Ibrahim es de Kosovo, llegó aquí huyendo de esos malditos serbios y su vena sanguinaria —explicó Celia mirándome de refilón—. Aquí estarás bien, ¿verdad que sí, Ibrahim? Sí, por supuesto que sí. Su familia está desperdigada y a él le han disparado, lo han perseguido por las calles. Un espanto. Y este es nuestro querido Georgy, un gitano de la República Checa. Lleva siglos aquí. Se empeñan en mandarlo de vuelta, pero está un poquitín mal de... —La mujer se dio unos golpecitos en la sien derecha—... y los médicos ponen el grito en el cielo cada vez que lo intentan, de modo que los de inmigración lo dejan en paz durante un tiempo. Lo molieron a palos en su país, lo dejaron para el arrastre. Le pegaban con bates de béisbol en la cara... esas cosas. Una infamia, y todo por ser gitano. Esos serbios...

—Checos —corrigió Rachel.

—Pues checos —concedió Celia, irascible—. Sigo sin entender por qué la gente no puede ser más tolerante, de verdad que no lo entiendo. Nosotros no los discriminamos cuando necesitaron auxilio durante la guerra, no les dijimos: «Tú eres checo y ese de ahí es gitano; a ti te vamos a ayudar, pero a él no», sino que echamos una mano a todo el mundo. De momento los de Interior no han tenido el valor de obligarlo a volver, pero intentan por todos los medios que diga que aquello tampoco era para tanto, o incluso que nunca le dieron una paliza. Me temo que al final acabarán deportándolo, pobre Georgy.

—No, aún queda esperanza —protestó Rachel—. Estamos haciendo todo lo que podemos, sin escatimar esfuerzos. ¿Cómo van las clases, Georgy?

El interpelado, que seguía la conversación con los ojos anegados en lágrimas, asintió a modo de respuesta. Era la viva imagen de la humillación y la dignidad pisoteada, un cuerpo trágico en sí mismo cuya vida dependía de su capacidad para sostener el entusiasmo de quienes dirimían su futuro.

—Y estas de aquí son las periquitas *Antígona*, *Casandra* y *Helena* —añadió Celia, señalando una tras otra las jaulas—. Ya no recuerdo cuál es cuál, pero no parece que les importe demasiado. Bueno, ya conoce usted a todo el mundo. Venga, siéntese a la vera del fuego y tome un té. Que vendrá usted helado.

—El señor Shaabán no habla ni una palabra de inglés, Celia —dijo Rachel a modo de disculpa.

La casera me miró y en sus ojos vi incredulidad, un amago de desconcierto, y tuve la impresión de que me había calado. Hasta movió ligeramente la cabeza en señal de negación y torció el gesto al mirarme, un poco contrariada por el rumbo de los acontecimientos. El corazón se me había ido encogiendo poco a poco desde el momento en que habíamos entrado en aquella abarrotada sala de estar —me angustiaba pensar en el camastro que me tendría preparado—, y la desconfianza de Celia me desmoralizó aún más. Nunca había conocido a ingleses como Celia y Mick: ella con esa aparatosa y errática actitud maternal y el trasfondo erótico de cada uno de sus gestos, demasiado explícito para pasar desapercibido; él con su apariencia de afable decrepitud. Aparte del taciturno y arrugado Harold, del circunspecto hombre de la oficina del campamento y, por supuesto, de Kevin Edelman, los ingleses con los que había tratado hasta entonces eran en su mayoría clientes de mi tienda de muebles, turistas y, de un modo más indirecto, altos funcionarios de la administración colonial británica durante el tiempo que trabajé para el gobierno. Todos ellos eran gente importante, próspera, picajosa y demasiado brusca para caer bien. Hacían gala de su altivez y orgullo como si no pudieran desperdiciar ninguna ocasión de mostrarse desdeñosos y severos. No me imagino cómo se comportarían entre ellos, pero no creo que fueran distintos de cómo yo los veía. He dicho «en su mayoría» porque exceptuó a dos de mis maestros del Makerere College, que tenían algunas de las características mencionadas pero que, en determinadas ocasiones, también sabían ser amables, educados y entusiastas. Desde que había llegado a Inglaterra, solo había tratado con funcionarios y personal administrativo; nadie que me viera de verdad, gente sometida a la tensión de sus obligaciones y que llevaba toda una vida lidiando con menesterosos como yo. Celia en cambio sí me veía, o eso me pareció. Su mirada perspicaz era una suerte de reconocimiento, aunque no de la clase que me habría gustado, si bien en ese instante no habría sabido decir por qué.

—Bueno, tendremos que apañárnoslas mediante señas —zanjó, irritada—. No te preocupes, Rachel, cariño, aquí estamos más que acostumbrados a eso, ¿a que sí, Mick? Ahí donde lo ves, Mick solía hablar..., ¿qué era, malayo? Malayo, sí. ¿Era malayo, Mick? —Y añadió dirigiéndose a Rachel—: ¿Habla malayo el señor...?

—Shaabán —contestó ella frunciendo ligeramente el ceño, pero con una media sonrisa, alisándose una sola vez las perneras del pantalón, como si le costara tener las manos quietas.

Que tuviera tan evidentes ganas de irse me puso todavía más nervioso.

—Shaabán, Shaabán, Shaabán —ensayó Celia—. ¿Habla malayo el señor Shaabán? Me imagino que no. —Se asomó a la puerta de la sala de estar y gritó—: «¡Susan, Susan!» —Luego volvió a su asiento—. Le diremos a Susan que nos traiga un poco de té. Shaabán, Shaabán.

Susan resultó ser una mujer de su misma edad, menuda y de cara redonda, que parecía agobiada y asustadiza, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que trabajaba a las órdenes de una consumada tirana. Se ocupaba de la cocina y la limpieza de la casa, mientras que Celia hacía el trabajo «de oficina», como le gustaba decir. Rachel y Jeff declinaron el ofrecimiento del té y se fueron poco después de que Celia llamara a Susan. Cuando esta última volvió con un plato de pan tostado, una cazuela con alubias guisadas y otro plato con lonchas de jamón enlatado, comprendí por qué no habían querido quedarse. Nos sentamos alrededor de la gran mesa del comedor y tomamos el té. Le señalé el jamón a Celia y negué con la cabeza.

—Cerdo —apuntó Ibrahim sonriendo de oreja a oreja, y se volvió para compartir la broma con Georgy—. Musulmán no come cerdo, no mea alcohol; negro limpiar, limpiar, lavar, lavar, lavar.

Georgy rio a carcajadas cuando el otro dijo la palabra «negro». No supe si lo que le parecía tan hilarante era la idea de que un negro pudiera ser musulmán, la imagen de un hombre de piel oscura entregado al frenesí de «limpiar, limpiar, limpiar, lavar, lavar, lavar» o si se trataba de una broma privada. Más adelante comprendí que Georgy se reía de cualquier cosa que Ibrahim dijera. Ambos me miraron con una sonrisa burlona que en ese momento no supe interpretar. Puede que sus circunstancias y vicisitudes los hubiesen vuelto sarcásticos e irrespetuosos, y que las mentiras y subterfugios de los que habían tenido que valerse para sostener la farsa de las opresiones sufridas los hubiesen vuelto cínicos ante la verdadera dimensión de sus penurias y las de otros que decían ser como ellos. ¿Cómo podían estar seguros de que yo no había sido víctima o testigo de la clase de humillaciones y violencia que merecerían por su parte un respetuoso silencio, al menos? Nadie me había pegado con un bate de béisbol en la cara, pero ¿cómo podían estar seguros de que eso no había sucedido, o de que no había sido testigo de cosas aún peores? Después de los horrores, fueran cuales fuesen, por los que se suponía que ellos mismos habían debido de pasar, ¿cómo podían ignorar que algo así puede sucederle a cualquiera?

Mick se comió las alubias con una cuchara mientras Celia tomaba el té a sorbitos y hablaba con parsimonia, sin temer que nadie la interrumpiera. Habló de las periquitas, de otros huéspedes que habían pasado por la casa y con los que había hecho amistad, de la organización de ayuda a los refugiados —«qué majos son»—, de las manifestaciones en la ciudad contra los demandantes de asilo, del sensacionalismo

de las noticias en los diarios, de lo poco que entendía los cambios ocurridos en el mundo.

Tras mordisquear una tostada, Ibrahim encendió un cigarrillo y se acercó el cenicero rebosante de colillas, dejándolo al lado del plato como si fuera una guarnición, un condimento para la tostada con alubias y jamón.

—Había una iglesia al cabo de la calle, la de San Pedro —informó Celia, dispersando el humo del tabaco con la mano—. Allí solíamos ir nosotros, era nuestra iglesia. Ahora es un bar musical, una cafetería o algo parecido; una disco. No es que fuéramos especialmente religiosos, pero íbamos a misa en las fiestas importantes. Y ahora es un bar musical o una cafetería. Me parece fatal que un país cristiano no se ocupe de sus iglesias. Apuesto a que en el país del señor Naashab no hay templos convertidos en bares ni nada parecido. Yo nunca he entrado, pero creo que los chicos sí van por allí, ¿a que sí? ¿Qué van a hacer, si no? Los tienen aquí encerrados, sin dejarles trabajar ni buscarse un techo. El pobre Ibrahim ha tenido que mandar a la mujer y a la hija a Londres para que se queden con la familia de su hermano porque aquí no dejan que la niña vaya a la escuela. Los demás padres se quejan, se ve. No los quieren en sus escuelas. Un espanto. En fin, el caso es que los chicos sí que van al bar de vez en cuando, pero yo nunca lo he pisado. No podría, se me haría muy raro después de haber estado allí tantas veces en misa o rezando. Había un pintor que vivía calle abajo, un artista de verdad, no un pintor de brocha gorda. Fue mi madre quien me habló de él, pero es como si lo hubiera visto con mis propios ojos. Tenía el estudio en una gran habitación de la planta baja que daba a la fachada, por lo que se lo veía desde la calle, de pie frente al caballete, con la bata puesta, barbudo y barrigón. Creo que ahora es un pintor conocido. Entonces, cuando yo era pequeña, no había extranjeros, solo algún que otro viajero francés, pero no forasteros propiamente dichos. Por lo menos nosotros no conocíamos a ninguno, ¿verdad que no, Mick? No hasta que llegaron los prisioneros italianos, después de la guerra. Tú volviste por entonces, ¿no? Lo había olvidado. De todos modos no podías haber conocido a ninguno, ¿verdad que no? Mick estuvo en Malaca. Ahora los extranjeros están por todas partes, y no es de extrañar, con las atrocidades que pasan en sus países. Pero antes no era así. No conozco los pros y los contras, pero no podemos cerrarles la puerta en las narices, ¿a que no? No podemos decirles que vuelvan por donde han venido y se dejen hacer daño porque nosotros estamos demasiado ocupados con nuestras propias vidas. Si podemos ayudarlos, creo que debemos hacerlo. Debemos ser tolerantes. No puedo entender a esa gente que se manifiesta por las calles soltando toda clase de barbaridades sobre los solicitantes de asilo. Y las marchas del Frente Nacional: no soporto a esos fascistas. Antes no había tantos en este país, pero ¿qué se le va a hacer? No podemos mandarlos de vuelta a esos lugares espantosos. No sé qué podemos hacer.

Yo escuchaba con la cabeza gacha y los demás guardaban silencio. Por su forma mesurada y tranquila de hablar, empecé a temer que siguiera perorando hasta acabar

exhausta, más allá de la medianoche. Indiqué por señas que deseaba irme a la cama y ella arqueó las cejas con gesto dolido, como si le hubiera pedido algo difícil. Eran poco más de las seis, pero quería alejarme de esa habitación agobiante con sus imposturas y duplicidades, sus olores, su ambiente de abandono y crueldad, su mezquindad. Quería quedarme solo, a oscuras, y ordenar mis ideas.

Celia me guio escaleras arriba (otro repliegue a la derecha, y luego otro más) hasta una habitación abarrotada y me señaló un rincón en el que había una cama cubierta con lo que parecía una vieja manta de viaje granate.

—Vivo en esta casa desde hace casi sesenta años, señor Bashat —me explicó.

Estaba plantada en el umbral de la puerta con una mano apoyada en el marco, sonriendo ufana. Seguro que iba a contarme la historia de la casa y de cómo su madre, que solía encargarse de las flores en la iglesia de San Pedro, estaba secretamente enamorada de un artista tarambana que la abandonó en una noche de tormenta porque ella no accedió a sus indecorosas proposiciones y que ahora volvía para golpear los cristales de las ventanas buscando a su amada. O tal vez no.

—Sesenta y tantos años y aquí sigo, fuerte como un roble y con la cabeza sobre los hombros, a diferencia del pobre Mick, aunque sigue disfrutando de la vida, ya lo creo que sí. Fueron los japoneses quienes lo dejaron así. Volvió en ese estado y yo lo acogí. Todas y cada una de las cosas que ve usted en esta habitación tienen valor para mí. Por favor, trátelas con cariño. El cuarto de baño está aquí al lado. Lo usamos todos, así que por favor manténgalo limpio. Por lo demás, ya conoce a todo el mundo. Ojalá aprenda usted a hablar inglés pronto para que podamos... ¡para que podamos tener una charla de verdad! Ah, se me olvidaba: Ibrahim y mi querido Georgy duermen arriba. —Me dio la espalda con gesto malhumorado y un brillo de mal disimulada irritación en la mirada. ¿Qué pasaba ahora? ¿Qué le había hecho yo?—. El desayuno se sirve entre las ocho y las diez de la mañana —anunció con un punto de altanería, volviéndose a medias—, le agradeceremos que sea puntual. Además, tenga en cuenta que a las diez de la noche cierro la puerta: si viene pasada esa hora, tendrá que llamar al timbre y esperar a que alguien le abra. Buenas noches, señor Showness.

Se levantó una fina nube de polvo cuando retiré la manta hacia los pies de la cama. A juzgar por su aspecto y olor, las sábanas estaban usadas y había manchas de sangre en la almohada. La cama en general olía igual que la tapicería de los muebles de abajo: a vómito reseco, semen y té derramado. No me atrevía ni a sentarme por un miedo irracional a contaminarme, no solo de alguna enfermedad, sino también a corromperme de algún modo por dentro. Probé a hacerlo en el elegante sofá —elegante por sus líneas y diseño—, pero la tapicería se veía tan mugrienta como la manta de la cama. El cuarto de baño estaba inmundo: el lavamanos salpicado de lo que parecía materia vegetal, la bañera cubierta por una segunda piel oscura y el váter un agujero negro de impenetrable opacidad. Sentí náuseas, pero no tuve más remedio que usarlo, consciente en todo momento de que esa insondable oscuridad bien podría

ser el hábitat de alguna criatura provista de dientes que tal vez se sentiría tentada por el peso de mis atributos masculinos, que, como suele suceder, han adquirido cierta nobleza con la edad. Cuando Rachel viniera al día siguiente a recogerme para lo que ella llamaba «el informe», no tendría más remedio que sacar a relucir mi inglés: no había llegado hasta aquí para acabar muriendo por pura dejadez. Pasé el resto de la tarde echando un vistazo a los valiosos recuerdos de Celia con una mezcla del viejo placer de siempre y un pesar igual de antiguo, tasándolos y valorándolos como si formaran parte del relleno de una casa adquirido en subasta. Sobre la mesa no había gran cosa: la miniatura de un barco metida en una botella, un puñado de baratijas, fotografías en marcos ordinarios y una lata de galletas con un capitán de barco enmarcado por una guirnalda de frutas exóticas llegadas de todos confines del Imperio que contenía toda suerte de cachivaches, botones, insignias y plumas. Más adelante me extrañó constatar que aquellos objetos no despertaban en mí el menor interés, ni siquiera como ejercicio mental; no me pregunté por qué serían tan preciosos para Celia, ni se me ocurrió imaginar su vida a partir de ellos.

En la pared había un gran espejo con marco dorado. Era demasiado grande para ese oscuro cuartucho, pero el marco estaba en buen estado y el espejo en sí solo necesitaba algún retoque. Podría haber ganado unas monedas con él. Al mirarme en el espejo bajo aquella luz mortecina, me pareció ver una extraña criatura suspendida en la neblina, con el círculo de luz que arrojaba la pantalla de la lámpara colgando sobre mis hombros como el nudo abierto de una soga. Me acosté en el suelo, al pie de la mesa, con la cabeza apoyada en la toalla que Alfonso me había obligado a coger. Sabía que apenas pegaría ojo, entre la dureza de la moqueta apelmazada sobre la que me había acostado y el rugido de mis tripas reclamando comida. Bien entrada la noche, oí el inconfundible golpeteo rítmico de un encuentro sexual y me pregunté si sería Celia cabalgando a Mick o los chicos montándose entre ellos, broma va, broma viene.

Rachel no vino a la mañana siguiente. Usé el cuarto de baño con los ojos cerrados, tocando con las yemas de los dedos lo que no tenía más remedio que tocar. Luego abrí las cortinas y me senté en el suelo, sobre la toalla de Alfonso. Mi cuarto daba a la parte trasera de la casa, a un jardín descuidado y umbrío por culpa de los arbustos y árboles asilvestrados. La lluvia resbalaba por el cristal de la ventana. No había podido lavarme como es debido después de la gran ablución, en parte porque, como de costumbre, las alubias me habían dado diarrea. Me limpié lo mejor que pude con papel, pero estando allí sentado en el suelo me sentía como si una mancha se fuera extendiendo debajo de mí. La casa estaba en silencio, nadie se había levantado aún. Más tarde, cuando oí ruido de pasos en la escalera y un traqueteo de tazas y platos, el recuerdo de la mirada hosca de Celia me turbó al punto de no querer aventurarme más allá de la habitación. Esperaría a Rachel en la alfombra mágica de Alfonso, a salvo de todo desprecio. Pero Rachel no vino, y me desmoralizó tanto

estar sentado en el suelo de ese cuarto abarrotado y polvoriento, incapaz de pensar en nada salvo en mi insignificancia, que decidí bajar.

Mick estaba en su sitio de siempre, delante del televisor enmudecido, con un cuchillo y un plato sucios en el regazo; Celia estaba sentada a la mesa del comedor con un periódico abierto ante sí. Levantó los ojos cuando entré, se recostó en la silla y sonrió. Todavía iba en bata —que no se había molestado en cerrar del todo—, y ya desde la puerta alcancé a ver que no llevaba nada debajo.

—Buenos días, señor Showboat —saludó en tono jovial al tiempo que me invitaba por señas a sentarme a la mesa—. Veo que se le han pegado las sábanas. Seguro que le habrá sentado bien. Espero que no haya tenido frío. Adelante, sírvase un poco de té. ¡Ay, que no me acordaba! Té, gluglú. Adelante, sírvase. —Imitó los gestos de servir y sorber el té y luego volvió a sonreírme—. ¿O prefiere que mamaíta lo haga por usted?

Me serví el té y fui a sentarme cerca de Mick, delante de la pantalla muda, aunque —me avergüenza confesarlo— sin dejar de mirar a Celia con el rabillo del ojo. La bata apenas le cubría las rodillas y, como mecía ligeramente el cuerpo de aquí para allá mientras leía el diario, de vez en cuando se le abría una rendija entre las piernas. En un momento dado bajó la mano y se rascó el interior del muslo con gesto absorto. Oí que Mick se reía entre dientes a mi lado, pero cuando lo miré tenía los ojos puestos en el televisor. Me acomodé mejor en el asiento, dándole la espalda por completo a Celia para no seguir poniéndome en evidencia, y así permanecimos durante una eternidad: Mick y yo viendo la tele sin sonido a la espera de Rachel, yo temeroso de moverme siquiera, sin saber adónde ir ni qué hacer, mientras Celia hojeaba el diario y soltaba algún que otro suspiro. Cuando acabó de leer, dobló el periódico y dijo:

—Bueno, os veo muy a gusto ahí sentaditos. Los chicos han vuelto a perderse el desayuno. Verá, señor Showboat, es que duermen hasta las tantas, como niños. Pobrecillos, ¿qué van a hacer si no? Por mí, como si quieren quedarse en la cama hasta la hora de cenar; al menos así se ahorran el dinero del almuerzo. Nosotros no servimos almuerzos, señor Showboat, solo desayunos, y las cenas por encargo, excepto los jueves, como hoy, porque es el día que libra Susan. ¡Ay, espero que no le moleste que lo llame señor Showboat! Es que así me acuerdo de su apellido. Le ruego que no se lo tome a mal. Tranquilo, Mick, que ahora mismo voy a ponerme algo decente; a Mick no le gusta verme en bata toda la mañana cuando hay huéspedes, se pone celoso. Ya se irá haciendo usted a todo esto, señor Showboat. Diría que vamos a tenerlo una buena temporada entre nosotros, como a la mayoría de los solicitantes de asilo. Tenemos amigos maravillosos de todos los rincones del mundo. Eso sí, tendrá usted que aprender algo de inglés, señor Showboat: resulta muy incómodo verlo mirarme de ese modo sin imaginar siquiera lo que estará pensando.

Huí en busca de la toalla de Alfonso y en cuanto me senté encima me pareció estar a salvo en un lugar invisible. Allí me quedé toda la tarde, maldiciendo al

hombre que me había vendido el billete y de paso me había privado del don de hablar y protestar, maldiciendo a Rachel y a Jeff por haberme arrancado del centro de detención —donde convivía con personas cuya existencia me enriquecía—, para meterme en esta mazmorra con sus laberínticas escaleras y sus excéntricos bawwabs, que me hacían sentir abandonado y en peligro. No había probado bocado en todo el día, lo que a mi edad tampoco es tan terrible, salvo por el hecho de que a nadie le importaba. A nadie le preocupaba si comía o no, si estaba sano o enfermo, contento o apenado. Oí a los chicos levantarse y luego correr escaleras abajo, aullando como un par de babuinos. Oí que Celia los recibía con su risa estridente y un coqueteo disfrazado de blanda amonestación. Rachel y Jeff, esos dos jóvenes paladines de la justicia y los derechos humanos, me habían dejado en un zoo para irse a fardar ante sus amigos y colegas de la cantidad de ministros a los que habían engatusado para sacar a un pobre anciano del maldito centro de acogida y arrancarlo de las garras fascistas del Estado para ponerlo en las compasivas manos de la amable Celia y sus amiguitos. «Rachel, yo te invoco en nombre del Todopoderoso».

Esa tarde empecé a sentirme enfermo y delirante, y decidí que había llegado el momento de rezar el Ya Latif: «Oh, sutil; oh misericordioso...», la oración que rezábamos juntos cuando estábamos en la cárcel, o en momentos de enfermedad o angustia. Lo mejor es rezarla de ese modo, en grupo, para implorar por quien esté enfermo y afligido, pero allí no había nadie que rezara por mí, y no me quedaba otra que invocar a Dios en mi propio nombre, de modo que confiaba en que no fuera algo irrespetuoso.

Fui al cuarto de baño e hice las abluciones previas: me lavé las manos, la cara, los brazos y los pies. Luego volví a la toalla de Alfonso y empecé. Primero debía declarar la intención por la que rezaba el Ya Latif; luego buscar en Dios refugio y protección de Satán, el lapidado; después, la Bismiláh: «En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo»; a continuación debía recitar tres veces el al-Ijlás: «Dios es uno, es el Dios eterno, no ha engendrado hijo ni ha sido engendrado, no tiene par»; luego, el Latifun: «Dios es bondadoso con sus siervos, da a quien Él quiere, Él es el Fuerte, el Poderoso»; después, la Oración por el Profeta, de una sonoridad exquisita:

Al salatu wa salamu alayka ya sayyidi ya habiba-Llah,  
Al salatu wa salamu alayka ya sayyidi ya nabiya-Llah,  
Al salatu wa salamu alayka ya sayyidi ya rasula-Llah.

«La bendición y la paz sean contigo, oh bienamado de Dios,  
La bendición y la paz sean contigo, oh Profeta de Dios,  
La bendición y la paz sean contigo, oh Mensajero de Dios».

Luego debía repetir las palabras Ya Latif sin prisas ni precipitación, volviendo mil veces la cabeza a derecha e izquierda.

Para cuando terminé las plegarias ya se había hecho de noche, pero me sentía muy reconfortado y empezaba a preguntarme si no debería bajar y suplicar un poco

más de gluglú y las migajas que tuvieran a bien darme, o si por el contrario debería salir a la calle y andar en línea recta durante media hora, cuando oí a Celia subiendo las escaleras. Algo me dijo que venía en mi busca y me levanté de la toalla para que no me encontrara allí. Llamó enérgicamente a la puerta, que no se podía cerrar por dentro, y entró sin esperar respuesta.

—Pues sí que le gusta dormir, señor Showboat —dijo alegremente mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz—. Rachel acaba de mandar un mensaje para usted. Ibrahim ha pasado por la oficina y ella le ha pedido que le diga... ¡pero qué tontería! Se le habrá olvidado que no habla usted inglés. Bueno, qué más da. Si no sabe que le ha mandado un mensaje, tampoco sufrirá por no recibirlo. Ya veo que está usted como en casa.

—Rachel —dije con la voz rota de un falso pordiosero. Estaba ronco después de haber pasado tanto tiempo rezando en susurros.

—Sí, querido, Rachel le ha mandado un mensaje, pero todo está en orden, no se preocupe, señor Showboat. ¿Por qué no baja a ver la tele con su amigo Mick? Con lo a gustito que estaban los dos esta mañana... Venga, que se ha pasado el día aquí encerrado y eso no es bueno. Venga, venga con nosotros —insistió, abriendo el brazo derecho y contoneando las caderas una sola vez.

La seguí escaleras abajo deseando poder cogerla por banda y sacudirla hasta sonsacarle el mensaje de Rachel. Iba hablando por encima del hombro, tan distraída como siempre, salvo por un momento en que se volvió a medias y me lanzó una mirada fugaz desde abajo.

—Aquí lo tenéis —anunció a los demás chimpancés cuando entramos en la sala de estar.

Mick me dedicó una sonrisa benévola, Georgy saludó con la mano y un gesto socarrón, Ibrahim me recibió remedando el saludo militar.

Los chicos estaban jugando a las cartas.

—Adelante, ahí tiene su silla —dijo Celia señalando el que ya se había convertido en mi lugar, al lado de Mick.

«Rachel, en nombre del Único, date prisa».

—Rachel —dije mirando a Ibrahim.

—Réichel, sí —contestó él con una sonrisita burlona—. Ella decir que usted ser negro y muy viejo. No bueno. —Su amigo y él se echaron a reír, intercambiando miradas cómplices—. Ella querer hombre joven.

—Pues no sé yo qué deciros —intervino Celia en un tono agudo y aniñado—. Me da la impresión de que el señor Showboat aún no ha quemado todos los cartuchos.

Eso les dio pie para empezar otra vez con la cantinela: «Señor Showboat, negro, lavar, lavar, lavar, limpiar, limpiar, limpiar». Sabía que debería querer saber algo más sobre Ibrahim y Georgy, escucharlos, compadecerme de ellos, conocer los horrores y las ambiciones que los habían impulsado a emprender ese viaje, pero no podía. Y ellos tampoco querían abrirme su corazón: sospecho que no me creían digno de sus

tragedias. Me recordaban a los argelinos, que entendían como arrogancia el temerario aplomo de Alfonso simplemente porque era negro, un hijo de Adán inferior a ellos, capaz tan solo de una ira servil y una resistencia instintiva.

Cuando acabaron la partida de cartas, los dos jóvenes se levantaron para marcharse, pero por algún motivo que se me escapa Ibrahim se compadeció de mí. Desde el umbral de la sala de estar, dijo:

—Réichel venir después.

Y sonrió a toda la habitación, congratulándose de su bondad. Acto seguido se fueron, y cuando llegaron abajo Ibrahim llamó a Celia, que se levantó sonriente y salió a reunirse con ellos. Se oyeron risas y un forcejeo, y luego nada. Mick y yo nos quedamos sentados en silencio, contemplando la pantalla muda. Al cabo de unos minutos se oyó un portazo y Celia volvió con los ojos chispeantes, se sentó delante de Mick y cogió una revista.

«Réichel venir después». Pero no vino.

Me quedé en la sala de estar hasta que ya no pude más con la esperanza de ver aparecer un trozo de pan o una taza de gluglú, pero no hubo suerte: era el día libre de Susan. Al final, casi comatoso de hambre y aburrimiento, me arrastré de vuelta a mi habitación, un repliegue a la derecha y luego otro. Estaba tan cansado que me daba igual la cama inmunda, y además empezaba a hacer frío. Me acosté sin cambiarme de ropa, pero antes doblé la toalla de Alfonso y la dejé sobre el respaldo de una silla. Lo hice por gratitud y como gesto de respeto hacia el instinto de conservación de mi amigo, pero también porque creía que no había sabido conservar la dignidad como él me había pedido: «Pase lo que pase, tú siempre limpio». No había podido, y ahora yacía en una cama cochambrosa y vestía ropa que me parecía sucia porque mi cuerpo no estaba limpio. Así terminó mi primer día en libertad, y me quedé dormido al instante.

Rachel vino a media mañana. Yo tenía pensado salir a caminar media hora en línea recta para poder encontrar el camino de vuelta sin problema, pero temía no estar en casa cuando viniera y tener que esperar varios días más para que volviese. Me sentía como paralizado. Así que, cuando llegó, muy atractiva con su traje granate y sonriendo con un aire de alegre ajeteo —«No puedo quedarme mucho rato»—, yo estaba sentado junto a Mick frente al televisor enmudecido mientras, al fondo de la casa, Celia sermoneaba a Susan sobre el ahorro y el derroche.

—Lo veo muy bien instalado, señor Shaabán —dijo Rachel.

Respondí con un gruñido, pero de nada sirvió: ella ya estaba hablando con Mick, que la miraba con su acostumbrada sonrisa entre benévola e indulgente. Entonces entró Celia y tomó las riendas de la situación. Contó lo a gusto que yo estaba en su casa: ya me había hecho amigo de los chicos y me llevaba de fábula con Mick, con quien me pasaba el día viendo la tele. Parecíamos «dos gotas de agua en una balsa de aceite», creo que fue eso lo que dijo, pero puede que la entendiera mal; no estaba familiarizado con la expresión. Celia añadió:

—A ratos se le ve un poco alicaído, pero creo que es porque no entiende todo lo que decimos. ¿Verdad, señor Showboat? Así lo llamo yo: es el apodo que le hemos puesto. No le molesta, se lo he preguntado.

Me llevó un rato entender que Rachel había venido a recogerme para acompañarme a pie hasta las dependencias de la organización, donde redactaríamos el informe prometido, pero no hacía falta que cogiera la bolsa de lona verde porque de momento seguiría viviendo con Celia y Mick. Rachel arrancó a grandes zancadas y yo la seguí como buenamente pude. De vez en cuando se detenía y se disculpaba diciendo que no quedaba mucho trecho. Era la primera vez que yo andaba por las calles inglesas. Las había imaginado más concurridas y bulliciosas, y también que, en general, todo tendría un aspecto más nuevo y reluciente. Había algo en aquellas calles descoloridas, sucias y hacinadas que me recordaba la casa de Celia. Nos cruzamos con muchas personas mayores que caminaban despacio y jóvenes que se abrían paso a empujones y alzando la voz, pero a pesar de todo una pequeña alegría secreta aleteaba en mi pecho como si me hubiera zafado de las cadenas de mi vida anterior y diera mis primeros pasos hacia esa otra existencia. Era el comienzo de una sensación que se afianzaría con el tiempo: que mi vida de antes había terminado y empezaba otra nueva, y que esa vida anterior había quedado clausurada para siempre. La imagen que me venía a la cabeza era la de alguien que se ha arrastrado por un largo pasadizo que en el último momento se derrumba a sus espaldas, pero puede que de joven leyera demasiados cuentos de *Las mil y una noches*. El caso es que aún ahora tengo esa sensación de haber llegado al final de una existencia, aunque sé muy bien que mi vida anterior sigue latiendo dentro de mí.

La organización de ayuda a los refugiados tenía su sede en una casa situada entre una verdulería y un pub, aunque por entonces yo no sabía que los bares ingleses se llamaban así. Me habría gustado saberlo. Lo que más me llamó la atención fue el letrero con la imagen de un militar de otra época —uniforme de vivos colores y plumas en el casco— que se mecía sobre la puerta del establecimiento. Se llamaba Royal Dragoon, como el regimiento de caballería del ejército británico. Rachel me guio hasta una sala de reuniones a la que se llegaba cruzando la oficina principal, donde vi a dos de sus colegas sentados al escritorio. Uno de ellos era Jeff, que me sonrió con gesto mecánico al verme pasar y acto seguido agachó la cabeza como temiendo que quisiera charlar y lo distrajera de su importante tarea. Supongo que había dejado de ser el valioso refugiado al que habían rescatado de las garras del Estado para convertirme en un caso más. Ya en la sala de reuniones, Rachel se quitó la chaqueta del traje y la colgó en el respaldo de la silla. Luego repartió unos papeles sobre la mesa, se sentó de cara a la puerta y me sonrió con aire ufano. Por un momento me extrañó aquella sonrisa, pero supongo que sencillamente disfrutaba de su trabajo y su vida. Me senté delante de ella, vuelto hacia la ventana de la sala, que daba a una pared de ladrillo.

—Señor Shaabán, siento no haber ido a recogerlo antes, pero he estado muy ocupada. Ayer llegó un *ferry* de El Havre con ciento diez gitanos procedentes de Rumanía, todos ellos en busca de asilo. Inmigración quería mandarlos de vuelta a su país, pero nosotros nos hemos opuesto a la deportación de algunos. Les han denegado el asilo a todos, por si se lo pregunta, aunque sospecho que esa gente intentará volver a entrar por otro puerto dentro de pocos días. En fin, el caso es que he pensado que avanzaríamos más con su caso si tuviéramos un intérprete. —Lo dijo con un gesto que me pareció cómico—. Pero me temo que... No pierdo la esperanza porque esta mañana una de las personas con las que me había puesto en contacto me ha devuelto la llamada. Parece dispuesto a ocuparse del asunto, pero déjeme que lo confirme y le digo algo. En todo caso, es lo que hay. No sé cómo vamos a seguir adelante, pero he pensado que estaría usted preocupado, o tal vez temiendo que lo hubiésemos abandonado.

—Creo que no hará falta un intérprete —dije.

Por supuesto, me llenó de secreto regocijo pronunciar estas palabras... Uno no puede resistirse a estas pequeñas satisfacciones, ni siquiera cuando llega a mi edad, y en ese instante mi júbilo no se distinguía del que habría sentido siendo un niño, ni los cientos de veces, más tarde, que había hecho gala de un notable e inesperado conocimiento. Ya no me importaban los problemas que trataba de evitarme el hombre que me vendió el billete con su astuto consejo, y empezaba a sospechar que esa astucia tenía algo que ver con la paranoia de los desvalidos. Las humillaciones que había sufrido en casa de Celia me habían vuelto osado y necesitaba la dulzura de ese momento triunfal para liberarme del confinamiento al que me habían sometido. Además, era evidente que alguien debía hacerse cargo de mi nueva vida antes de que Celia, Mick y los chicos me la amargaran con las miserias de su mezquina existencia. Sin embargo, tanto Rachel como Jeff estaban demasiado ocupados con las emocionantes batallas que libraban desde la seguridad de sus reductos para acometer semejante tarea, lo que me abocaba a la negligencia de otras manos que amenazaban con manosearme, empujarme y zarandearme para luego dejarme sumido en un limbo de muda humillación mientras me convertían en pasto de jugosas anécdotas.

Rachel se me quedó mirando fijamente, atónita e indignada.

—Ya veo —soltó. Se le había borrado la sonrisa—. ¿A qué viene esto? ¿Y por qué dijo que no hablaba inglés?

—Eso no lo he dicho.

—Vale, pero ¿por qué no contestaba cuando se le hablaba en inglés? —preguntó al cabo de un instante, formulando la frase con la afilada precisión de un abogado y un tono de voz ligeramente más agudo, fruto de la exasperación.

—Prefería no hacerlo —contesté mirando la pared de ladrillo que había al otro lado de la ventana.

—¿Será posible?! —exclamó, ya sin disimular su enfado.

Entonces supe que no había leído «Bartleby, el escribiente». La pared de ladrillo me lo había recordado nada más entrar en la habitación, y estaba seguro de que, en cuanto empezara a hablar, encontraría la manera de colar esa frase para comprobar si la pared también le había recordado alguna vez ese cuento maravilloso.

—¿Tiene usted idea de lo que nos ha costado dar con un intérprete? —preguntó, y de nuevo la indignación afloró a su voz, teñida de desdén—. Ni siquiera sabíamos cuál era su lengua materna. Hemos encontrado en la Universidad de Londres a un experto en su región que está dispuesto a ayudar. Que está dispuesto a perder el tiempo para venir a echarle una mano. Y ahora, con la que hemos liado por su culpa, se le ocurre decirme que habla inglés. ¿Podría al menos explicármelo?

Rachel se apartó los rizos rebeldes de la cara. Tenía el ceño fruncido y parecía acalorada a causa del enfado. Se acercó el bloc de notas, lista para apuntar cualquier cosa que yo pudiera decir y usarla en mi contra.

—Lo siento —repuse.

Un experto en mi «región»: sin duda alguien que habría escrito libros sobre mí y lo sabría todo sobre mi persona, más incluso que yo mismo. Seguro que habría visitado todos los lugares de interés de mi «región», cuyo contexto histórico y cultural sin duda conocía, a diferencia de mí, que nunca los habría visto y solo habría oído al respecto vagos mitos y leyendas populares. Alguien que habría entrado y salido subrepticamente de mi «región» durante décadas, que me habría estudiado y tomado notas sobre mi carácter para explicar y resumir mi peripecia vital, ¡y yo ni siquiera me había enterado de su afanosa existencia!

—Cuando compré el billete de avión me aconsejaron que, al llegar aquí, no reconociera que hablaba inglés —le expliqué—. No sabía por qué, pero decidí seguir el consejo y esperar a ver qué pasaba. Sigo sin saberlo, pero he pensado que más me vale romper mi silencio: la situación en casa de Celia se está complicando por momentos y me siento cada vez más incómodo, por lo que he decidido que es mejor sincerarme antes de verme atrapado en un callejón sin salida, aunque hubiese preferido no hacerlo.

No pude resistir la tentación de repetir la frase para ver si esta vez lo pillaba, pero ni se inmutó. Me di cuenta de que se estaba refrenando, cuando tal vez habría querido abandonar la sala hecha una furia para ir a quejarse a Jeff de mi inaceptable artimaña, pero no lo hizo, y aunque seguía fulminándome con la mirada noté que el acceso de ira remitía poco a poco. Lamenté que se sintiera ofendida por una cuestión tan nimia, un insignificante ardid, algo que debería haber encajado como poco más que una burda e inútil patraña. Rachel no había tenido que escuchar en silencio lo que otros decían de ella, solo llamar a un par de organizaciones y averiguar si tenían un intérprete para un refugiado cuya lengua no podía identificar ni deducir debido a su profunda ignorancia en lo tocante a la geografía cultural. Ni siquiera se trataba de ignorancia, sino del convencimiento de que en el fondo daba igual qué lengua hablara, puesto que mis necesidades y deseos eran predecibles y antes o después

aprendería a hacerme entender, o bien darían con un experto que me volviera inteligible. Pero me preocupaba que se sintiera molesta, de modo que le conté la historia de mi inocente argucia y los pequeños inconvenientes que me había causado de la manera más humorística posible, hasta que por fin logré arrancarle una sonrisa. Se alegró de que al fin pudiera explicarle con mis propias palabras las razones que me habían llevado a emigrar y yo le confesé con toda franqueza que había decidido viajar a Inglaterra al enterarme de que el Estado británico concedía asilo a cualquiera que dijera temer por su vida en su país de origen. Rachel asintió; la oficina de coordinación de las organizaciones de ayuda a los refugiados los había puesto al corriente de esta circunstancia. Entonces, poniéndose otra vez de mi parte con renovado entusiasmo y su innata eficiencia, dijo que necesitaba saber más detalles para preparar mi petición de asilo. Ya me había concertado una cita con la Seguridad Social y se había puesto en contacto con el Departamento de Vivienda Social, que tal vez me consiguiera un pisito pronto, aunque quedaban algunas formalidades por resolver. Teniendo en cuenta mi edad, también había conseguido que me asignaran un médico de cabecera y un lote de prendas básicas más acordes con el clima que los harapos que traía conmigo. Además, me había apuntado a las clases de inglés que una organización de ayuda a los refugiados impartía en el instituto local.

—Esto último ya no hará falta —añadió en tono indulgente, con una sonrisa radiante—. Eso sí: tengo que acordarme de llamar al experto de la universidad y decirle que ya no lo necesitamos —añadió con gesto dolido.

—Lamento haberle causado tantas molestias, Rachel —le aseguré—, y también a todo un experto en mi región que imparte clases en la Universidad de Londres. Por favor, hágale llegar mis disculpas.

Rachel hizo un gesto como quitándole hierro al asunto y consultó sus notas.

—Latif Mahmud, así se llama. Me pondré en contacto con él y le diré que al final no vamos a necesitar su ayuda.

Por unos instantes, Rachel se atareó con los papeles, poniéndolo todo en orden antes de dar la entrevista por finalizada. Yo estaba sumido en el estupor desde que ella había pronunciado ese nombre. Reflexioné sobre él y sobre la persona que había detrás, parte de cuya historia conocía bien, demasiado bien incluso: cuando él era joven y se hacía llamar de otro modo. Del resto de su vida, de su vida real, solo conocía rumores. No pude evitar una punzada de angustia y aprensión al pensar en él y comprender lo cerca que estábamos, pese a haber venido de tan lejos. ¡Conque él era el experto en nuestra región! Mashallah, menuda sorpresa; no un extraño que viniera a elaborar un resumen de quiénes éramos, sino uno de los nuestros. Aquello me hizo arrepentirme de haber roto el silencio cuando lo hice.

—¡Latif Mahmud, qué alegría! —exclamé.

—¿Lo conoce? —preguntó Rachel, encantada.

—Un poco —contesté—. Lo conocí de joven.

—Creo que mencioné su nombre cuando le dejé el mensaje en el contestador automático —dijo alegremente—, estoy casi segura. Si se conocen, es muy probable que se ponga en contacto con usted. ¡Esto es increíble! Y yo que pensaba que iba a estar usted más solo que la una, sin poder comunicarse con nadie, cuando todo este tiempo no ha hecho más que... reírse de nosotros mientras ponía carita de pena. Lo entiendo: no es nada personal. Pero en realidad aún no me ha explicado por qué decidió convertirse en refugiado. Su vida no corría verdadero peligro, ¿verdad que no? Por lo que usted me ha contado, tengo la impresión de que simplemente quería marcharse...

—Mi vida ha corrido peligro desde hace mucho tiempo —contesté—, lo que pasa es que hasta ahora el gobierno de Su Majestad la reina de Inglaterra no lo había reconocido ni me había ofrecido refugio. Ya sé que a estas alturas mi vida apenas vale nada, pero a mí me sigue importando; puede que nunca haya valido gran cosa, pero lo cierto es que antes me importaba incluso más.

—¿Y cómo se ganaba usted la vida, señor Shaabán? —preguntó, sin duda intrigada por el tono sombrío de mis palabras.

Yo trataba de hablar con serenidad, sin levantar la voz, evitando todo rastro de rencor o amargura, pero notaba la creciente gravedad de mis palabras mientras las pronunciaba en aquella estancia intensamente iluminada.

—En los últimos años no he hecho gran cosa: vender plátanos, tomates y paquetes de azúcar. Antes había sido comerciante, un hombre de negocios. Entre una y otra época pasé muchos años en la cárcel, como prisionero del Estado.

Sentada frente a mí, la pobre Rachel parecía anonadada, sorprendida por la brutalidad de mi respuesta.

—Pero ahora todo irá bien —dije procurando aligerar el tono—. Aquí, a orillas del mar, en ese pisito...

—Voy a tener que marcharme —dijo Rachel sosteniéndome la mirada con tranquilidad, y se me ocurrió que quizá me había equivocado al suponerla anonadada—. Me gustaría saber más cosas sobre su vida; mejor dicho, quiero que me cuente más cosas sobre su vida.

Me miró con una sonrisa afable y un punto socarrona, pero sin malicia. Me arrepentí de mi desahogo de antes, fruto de la autocompasión.

Latif Mahmud. Pensé que también él me contaría más cosas sobre su vida, si es que Rachel le había dado de veras mi nombre, pensé que me buscaría para interesarse por mí y contarme todo lo que le había pasado desde la última vez que nos habíamos visto, muchos años atrás.

Por ahora estoy en la casa que Rachel y la organización de ayuda a los refugiados me han buscado, una casa cuyo lenguaje y ruidos me resultan ajenos, pero en la que me siento a salvo, a ratos. En otros momentos tengo la impresión de que es demasiado

tarde, de que todo esto se ha convertido en un melodrama. Cuando eso pasa, me asusta el furtivo paso de los años, como si me hubiese quedado inmóvil e impasible, sin moverme de mi sitio, mientras la vida iba transcurriendo, a ratos ocupada en lo suyo, a ratos desternillándose en silencio ante todos esos cosmos aturcidos y abandonados como yo. Cuando eso pasa, me siento abrumado por el peso de los matices que sitúan y definen todo lo que digo, como si cada palabra que pronuncio llevara asociados un lugar y un significado antes incluso de que broten de mi boca. Me siento un instrumento involuntario de designios ajenos, el personaje de un relato contado por otra persona. Otro que no soy yo. ¿Puede un yo hablar de sí mismo sin convertirse en un héroe, sin que parezca que está entre la espada y la pared, discutiendo lo indiscutible, llenándose de amargura ante lo inexorable?